

## Delirios de Sexo Futuro Parte 2

Miguel Muñoz Martínez

# *Delirios de Sexo Futuro*

*Miguel Muñoz Martínez*



# Capítulo 1

13

Kavita se mareó en el avión. Era la tercera vez que volaba, pero en esta ocasión no tuvimos la misma suerte que las anteriores. El aerotransportador era un modelo antiguo, casi primitivo, de dos rotores y alas retráctiles. El duro vaivén del despegue y los continuos bandazos del viento hicieron enfermar a casi toda la tripulación, siendo yo una de las pocas que consiguió llegar a España sin problemas.

Una vez en tierra la compañía pidió perdón por el vuelo y nos concedió un visado gratuito de viaje hasta nuestro destino final. Eso fue una suerte, ya que no teníamos ni idea de cómo llegar a la isla de Daniel.

Tras insertar la tarjeta del visado en uno de los taxis automátatas, la voz virtual del conductor nos preguntó el destino.

—“Isla de Tabarca.” – exclamé echando una mirada de complicidad a mi hermana. Sabía bien que al tratarse de una isla aquel antiguo transporte terrestre tendría serios problemas para llegar. Increíblemente el robot no rechazó. Repitió el nombre del destino y anunció que tardaría cuarenta y seis minutos en llegar.

Tal y como anunció, así lo cumplió.

El transporte nos llevó por una autovía abarrotada de coches. Por el camino nos amenizó con una musiquita machacona y repetitiva que a Kavi le despertó las ganas de hacer la tonta. Las dos bailamos y reimos mientras recorriamos aquellos túneles interminables. Éstos desembocaron en una estrecha y antigua carretera que bordeaba una solitaria playa abandonada. El monótono paisaje costero me agradó, llevándome a imaginar una vida junto a Daniel y Kavita, compartiendo los tres una casita al lado de ese mar color esmeralda.

No supe cuantos kilómetros llevábamos recorridos, pero lo cierto es que el taxi comenzó a disminuir la velocidad, llegando a un nuevo desvío en el que realizó un giro inesperado. En ese momento la oscuridad lo cubrió todo. Nos costó unos instantes darnos cuenta de que circulábamos por una especie de desatendido túnel con destino a lo desconocido. De vez en cuando algún rayo de luz se dejaba filtrar por las rendijas de las paredes, aunque solo nos permitía atisbar un estrecho pasadizo repleto de charcos y con goteras, que el auto-taxi limpiaba regularmente con su

limpiaparabrisas automático.

Tras realizar dos cerradas curvas y abandonar la oscuridad a favor de un camino ascendente, el auto-taxi se detuvo en una especie de abandonada estación terminal.

Permanecimos sentadas en silencio observando temerosas aquella oscura y húmeda estancia.

Unas señales de peligro negras y amarillas anunciaban que allí terminaba el camino, y una sobria flecha encima de una puerta cerrada sugería aquella salida como única elección.

Cogimos nuestras maletas y emprendimos camino a través de una serie de corredores y pasillos tenuemente iluminados por fugaces rayos de luz. Desde allí pudimos escuchar el sonido del taxi autómatas, que dio la vuelta y regresó a su estación.

— Vaya una aventura Didi. – exclamo Kavita. –¿Qué nos encontraremos ahora?

Sus palabras tuvieron respuesta al cruzar el siguiente pasillo.

Un corpulento anciano con una gran barba blanca y una gorra de marinero nos bloqueó el camino. Grité sin querer, asustada ante aquel desconocido. En su mano sostenía un palo de madera y aquello nos gustó menos aún que su expresión tosca y oscura.

—No se puede venir por aquí. – Nos gritó en tono amenazante.

Visiblemente apurada intenté calmarle, hacerle saber que todo estaba correcto. Me afané en buscar el visado del viaje que jugueteo se empeñaba en ocultarse en algún rincón de mi equipaje de mano. Cuando finalmente lo encontré se lo mostré nerviosa, pero el anciano ni lo miró.

—Venid. – nos dijo, dándonos la espalda y perdiéndose en una curva de la pared.

Nosotras nos miramos la una a la otra sin saber qué hacer. Aunque vista nuestra situación, era mejor no hacer enfadar a aquel hombre.

Tras continuar un buen trecho de corredores y escaleras, logramos llegar a una oxidada estructura de metal. El rugido del mar podía escucharse desde ahí con total claridad, y las piedras de la pared parecían rezumar agua.

Subimos millones de escalones hasta llegar al exterior, justo a los pies de un imponente faro. La luz del sol me hizo daño en los ojos, costándome

un gran esfuerzo leer aquella inscripción tallada en las paredes de la construcción.

“Eterno ojo que espera y anhela un regalo del mar que no llega.”

—Un poema – Kavita exclamó sorprendida al leerlo.

Le hice gestos para que continuara andando, ya que el anciano parecía incomodarse al esperarnos, apoyado impaciente en su bastón. Al llegar a su altura, el viejo continuó hasta otras escaleras ocultas por unos oxidados bidones de combustible (TEXACO, rezaba la inscripción en todos ellos). El viejo los apartó a empujones rebelando un pasadizo que desembocaba en una reja de hierro.

— ¡Fuera, y no volváis más! – Nos gritó con un tono amenazante, invitándonos con su dedo extendido a atravesar el umbral.

Una vez hubimos abandonado sus dominios, el viejo cerró refunfuñando la reja metálica, rascando con su llave la cerradura que atrancó a cal y canto.

Permanecí unos instantes mirando los barrotes, ensimismada con aquella peligrosa experiencia desconcertante, pero mi hermana me sacó de aquel trance.

— Mira. Hemos llegado.

Efectivamente, habíamos llegado a Tabarca, y ésta se rebeló, no como una isla solitaria, tal y como nos habíamos imaginado, sino como una bulliciosa zona turística, llena de viajeros que entraban y salían de los barcos varados en el muelle.

Desde aquella altura aún se podía escuchar el rumor de la gente que atestaba el puerto y los edificios anexos. Mas abajo pudimos ver algunos restaurantes también abarrotados de gente, y más abajo aún una hermosa playa de arenas blancas que se comunicaba con el muelle a través de unas sinuosas escaleras.

Las dos nos miramos felices con un sentimiento de triunfo. Sabíamos que allí, a pesar de aquel mal comienzo, podríamos sentirnos libres y vivir en paz.

En aquel lugar casi todas las personas hablaban inglés, a pesar de todo también llevábamos el visiófono a modo de traductor, con lo cual no nos costó mucho esfuerzo localizar a nuestro padrino perdido. Al escuchar la palabra "invalido", todo el mundo nos señalaba una misma dirección: La parte norte de la isla, una zona abrupta y de difícil acceso fuera de la zona turística. Allí, según nos aseguraban, en una pequeña casa de paredes encaladas se había exiliado nuestro querido Daniel.

Ni mi hermana ni yo pronunciamos una sola palabra en nuestro ascenso hasta las inmediaciones del chalet. Las dos estábamos expectantes ante lo que nos íbamos a encontrar, sobretodo yo misma, que había sido testigo directo de la desesperación que sufría la mujer que cuidaba de Daniel. Un hombre que, según ella, poco tenía que ver con el alegre y jovial escritor que conocimos en Chicago.

Finalmente encontramos la casa, coronando una explanada salpicada de arbustos y piedras. Nerviosas llamamos al timbre pero nadie salió a recibirnos. La puerta estaba abierta y mostraba una habitación barrida por la brisa que se colaba por las ventanas y hacía bailar las cortinas.

Nos decidimos a pasar tímidamente, repitiendo a viva voz el nombre de nuestro padrino, pero parecía no encontrarse en casa. El único habitante de la vivienda parecía ser una mortecina palmera que presidía el comedor.

— En el porche no hay nadie. — añadió Kavita cuando volvió de inspeccionar los alrededores.

Tampoco yo encontré a nadie en la planta superior. Allí todo estaba pulcramente ordenado, pero había evidencias palpables de falta de limpieza. Había polvo por todas partes y la basura se apilaba bolsa sobre bolsa en la cocina, llenando la habitación de un olor nauseabundo.

La peste a podredumbre era insoportable, así que decidí sacar a la calle todas esas bolsas. En ese momento un grito de mi hermana me sobresaltó.

Llegué a la puerta de entrada casi sin aliento, descubriendo allí a Kavita sollozando.

— Ven Menn. Ven. Daniel está ahí. — gritó señalando a los acantilados.

—Se encuentra bien. Solo son magulladuras. — Explicó el médico. —Si no llega a ser por la Volton \* se habría hecho más daño.

Las palabras del doctor nos tranquilizaron, pero ver allí a Daniel, demacrado y tan extremadamente delgado que se le veían los huesos, nos llenó de tristeza. Allí estaba, acostado en su cama, con los ojos abiertos y perdidos en el resplandor que se colaba por la ventana.

—¿Qué le ha pasado? — le pregunté— ¿Cómo ha llegado a estar así?

—Los partes que me pasaron en el hospital no reflejan ningún cambio significativo. Según parece llegó a ingresar así desde el accidente. Antes tenía pequeños periodos de lucidez en el que hablaba algunas cosas con la antigua asistenta. Pero solo órdenes sueltas y directas: "Dame ésto, quiero aquello, etc", nada que saliera de satisfacer sus necesidades. Supongo que salir con la "volton" a sido lo más complicado que ha hecho desde que está en la isla.

\* Volton: silla levitatoria de apoyo a los disminuidos

El médico recogió sus cosas dispuesto a marcharse. Antes de abandonar la casa nos informó de que Daniel venía siendo paciente suyo desde hacía más de dos años. Nos entregó los informes médicos que le pasaron en el consulado estadounidense, y finalmente nos confesó lo que Kavita y yo temíamos escuchar. Gloria Roberts, la esposa de Daniel, había muerto en el ataque terrorista al "Collette Ventura".

—Quizá el shock sufrido a raíz de la pérdida de su esposa le haya supuesto una disfunción en las relaciones con los demás, agravándose ahora con la soledad de vivir aquí aislado. Sinceramente lo ignoro. Lo que si es cierto es que Daniel necesita unos cuidados especiales que aquí solo nunca podría tener.

Le comuniqué mi intención de hacerme responsable de él, llevando personalmente su rehabilitación. El doctor no opuso nada al respecto, y más al ver mi acreditación como traumatóloga y especialista en osteopatía.

— Debes saber que este hombre no sufre ninguna patología física.” – me advirtió. – lo que le impide moverse y abrirse socialmente está aquí... – y señalando con un dedo su propia cabeza me dejó claro el resto de la frase.

Cuando el doctor se marchó, nos dispusimos a poner un poco de orden en aquel lugar abandonado. Kavita y yo pasamos el resto del día limpiando, acomodando nuestra habitación y deshaciendo las maletas. Cualquier intento de comunicación con Daniel terminó en fracaso. Aquel hombre parecía ido, con sus ojos vidriosos perdidos en la ventana.

Ya anochece cuando intenté ponerme en contacto con la antigua asistente, pero el identificador de mi visiófono no funcionó. Algo que ocurría cuando se perdía la conexión con los satélites. En ese momento cayó sobre mí la realidad, como una pesada losa. Estábamos a siete mil seiscientos kilómetros de nuestro hogar, en una isla perdida sin apenas comunicación con el exterior y con unos arcaicos servicios. Sin dinero, solo con unas tarjetas de crédito inútiles en aquella isla sin bancos. Y estábamos solas en lo que se refería a cuidar de aquel hombre. No disponíamos apenas de información sobre él, ni de sus dolencias, alergias ni medicación. Y no había un sanatorio a kilómetros a la redonda.

Por unos momentos temí haber cometido un error al arrastrar allí a mi hermana, pero al cruzar mis ojos con los suyos todas las dudas se disiparon.

— Perdidas en el fin del mundo. – exclamó con una expresión de júbilo.

— No sé si ha sido una buena idea, Kavita. – le dije cogiendo sus manos.

— ¿Bromeas? Ha sido la mejor idea de tu vida. – respondió sonriendo.

— ¿Qué será de nosotras aquí? ¿Es este nuestro destino? – le pregunté.

— Mi destino es toda mi vida contigo. — Susurró mientras acercaba sus labios a los míos. Abrió la boca y plantó en ellos un cálido beso que me derritió por dentro.

— Ven, quiero que veas algo. – Exclamó arrastrándome tras ella hasta el exterior. Afuera la noche había caído rebelándose con un inmenso firmamento de estrellas que me produjo escalofríos.

Recorrimos las inmediaciones de la casa y llegamos hasta unas escaleras de madera. Éstas llevaban hasta un oscuro paseo circundado con una peligrosa barandilla. El rumor de las olas del mar era el único sonido que dominaba aquel lugar.

Mis ojos recorrieron aquellas oscuras aguas salpicadas de rocas, deteniéndose en las curiosas formas que formaban las olas al estrellarse contra ellas. Cíclicamente un haz de luz proveniente del faro barría las aguas iluminando fugazmente nuestros rostros tan parecidos.

Kavita me abrazó por la espalda y recostó su cabeza junto a mi cuello.

— ¿Has visto? Orión, las osas, Andrómeda... Todas las estrellas nos contemplan.” – recitó Kavita casi en un susurró. – Gracias por enseñarme este lugar, didi.

— ¿Didi? La hermana mayor eres tú —. Le dije con una sonrisa en el rostro —Madre nos dijo que tú naciste antes.

— Para mí tú siempre serás mi hermana mayor, Meen.

Aquel recuerdo de nuestra madre, nos llenó a las dos de nostalgia. Apenas recordaba el rostro de aquella mujer que tanto luchó por nosotras en una India corrompida y hundida en la miseria.

Esa noche dormidos las dos abrazadas en una de las habitaciones de la planta alta. Aquella casa era fría y sin apenas personalidad. No había cuadros, ni apenas mobiliario. Solo aquellos horribles sillones blancos de mimbre y algún que otro antiguo mueble auxiliar. Quizá por esa razón me costó tanto conciliar el sueño. Fui testigo de todas las horas y minutos desde medianoche hasta las tres y media de la mañana. Lo que más me perturbaba era el sonido de las olas, constante y monótono.

Cuando estaba a punto de entrar en el reino de Morfeo, noté como Kavita abandonaba mis brazos y salía a la pequeña terraza de nuestra habitación. Observé su fina figura, sus redondeados glúteos escondidos bajo la braguita blanca. Sus hombros firmes y su precioso cabello negro mecido por la brisa nocturna. La quería con toda mi alma y sentía en lo más profundo de mi corazón que me moriría si le ocurría algo por mi culpa en aquella isla.

Me moriría sin duda.



17

Cerré los ojos y caí en la fría oscuridad del mar. Noté como iba descendiendo mientras la presión iba oprimiendo mis oídos.

Al abrir de nuevo los ojos pude ver el lecho marino totalmente cubierto de un blanquecino coral casi fantasmagórico. A mi lado estaba Kavita, pero ésta a diferencia de mi, permanecía inerte con los ojos cerrados. Su cuerpo se sumergía al capricho de las corrientes marinas. Pronto advertí que comenzaba a alejarse. Intenté nadar hacia ella, alargando los brazos para cogerla, pero mis intentos se tornaron inútiles. Algo tiraba de mí haciéndome imposible el avanzar. Al mirar hacia atrás no pude reprimir un grito ahogado. El coral se había tornado filamentoso, y esos filamentos parecían manos. Manos humanas aferrando fuerte mis tobillos. No podía avanzar ni tampoco escapar. Y me estaba ahogando.

Una mano entró en el agua y me asió fuerte del pelo. El dolor que sentí en el cuero cabelludo fue atroz, y más aún cuando me arrastró tras ella haciéndome salir del agua.

Lo primero que hice después de vomitar fue buscar a mi hermana, pero desde la superficie no pude verla. Un vistazo a mi diestra me rebeló la identidad de mi salvador. Era el viejo de los túneles. Aún sostenía en sus manos la vara de madera. A su lado estaba Daniel, pero no el Daniel

inválido que permanecía acostado en la planta baja, si no el mismo señor Robert que conocí en Chicago. Su expresión jocosa era la misma que yo recordaba y de nuevo podía andar, ya que se acercó hasta nosotros despreocupado con las manos metidas en los bolsillos.

De pronto el viejo marinero levantó la vara de madera en aptitud amenazante. Puse las manos sobre mi cabeza para protegerme, pero eso no detuvo el fuerte golpe que recibí. Mis ojos se nublaron de un líquido viscoso que supuse sangre, y volvieron a mí las nauseas.

Daniel continuó a nuestro lado, mirándome mientras recibía otro golpe, y otro, y otro...

## 18

Desperté empapada en sudor. Al manosear el otro lado de la cama noté un frío inmenso que me informó de que mi hermana hacía mucho que se había levantado. Corrí con lo puesto escaleras abajo en su búsqueda. No podía quitarme de la cabeza el sueño que había tenido. En la India se decía que los sueños eran premonitorios y por todos los dioses rogué que no fuera así.

Daniel permanecía inmóvil en su cama, pero sorprendentemente los platos de la cena del día anterior estaban vacíos. Se había comido el pescado y las patatas que le había llevado.

—¿Has visto a Kavita? – le pregunté sin esperar respuesta por su parte.

— Meen... —sonó desde la cocina. Una inmensa alegría llenó mi alma al escuchar mi nombre de sus labios.

Allí estaba ella, risueña como siempre. Mirándome con sus inmensos ojos dorados.

— He hecho café y tostadas bahin. Y... mira... – exclamó abriendo el contenedor de alimentos, ahora lleno a rebosar.

Ante mi cara de sorpresa Kavita se dispuso a explicarme:

— Al final del paseo hay una tienda de provisiones, y funcionan con microcréditos. Solo he tenido que habilitar un cuarto de mi tarjeta de

crédito para realizar compras aquí.

Con suma ternura abracé a mi hermana y aspiré el olor de sus cabellos que despedían un suave aroma a manzanas. Ella me correspondió con un cálido beso en los labios. Estaba muy feliz al compartir aquella aventura con ella, pero a la vez inquieta.

— Te preocupas demasiado Meen. Veras como no nos va tan mal después de todo.

19

Tras desayunar nos dispusimos comenzar los cuidados de nuestro paciente. Asearlo, nutrirlo, curarle las escaras de se le producían al pasar tantas horas acostado, todo ello era una importante rutina sanitaria que debíamos seguir ahora que nosotras éramos sus cuidadoras.

Kavita aferró por los hombros a Daniel y yo lo intenté incorporar desde el otro lado. En sus nalgas tenía adherido un vendaje sucio y que desprendía mal olor. Lo cambié mientras mi hermana sujetaba el peso muerto del paciente. Al observar las gruesas gotas de sudor que recorrían las mejillas de Kavi, opté por encomendarle otra tarea. Pero Kavita se negó.

— ¿Piensas que tu débil hermanita no puede más? — me preguntó son sorna. — Aún tengo energías para esto y otras cosas.

La miré fijamente, adivinando en su comentario una connotación sexual. Ella sonrió apretando los labios, de aquella manera que tanto me gustaba.

Tras despojarle de antiguos vendajes y gasas sucias continuamos el aseo de nuestro paciente, desvistiéndolo y aseándolo con una esponja impregnada en jabón.

—¿Te acuerdas de nuestro amigo? — Exclamó Kavi cuando dejó libre el miembro de Daniel, ahora flácido y con un fuerte olor a orines.

— No tiene nada que ver con lo que recuerdo. — le contesté irónica.

En esos momentos creí ver moverse los ojos de nuestro paciente. Mirarme y volver rápidamente a su posición perdida en la ventana. Según mis estudios y mi propia experiencia, sospeché que lo que sufría aquel paciente era una parálisis impuesta por su propia voluntad. Y eso me dio

miedo al recordar mi sueño de la pasada noche.

Una vez terminado el aseo, coloqué vendajes limpios en los puntos de presión y tras aquella extenuante tarea nos dispusimos a transportarlo en la Volton hasta el exterior.

Atravesamos la casa y bordeamos el estrecho paseo de tablones, llegando en poco tiempo a campo abierto. Desde ahí vimos pasar una embarcación lejana que se perdió al otro lado del cabo. En aquella zona de la isla apenas había turistas, debido sobre todo a la ausencia de playas, y aquello nos complació a las dos. Finalmente habíamos encontrado la intimidad tan ansiada, y la íbamos a aprovechar.

Las dos provistas solo con los bikinis y unos pareos bajamos a los acantilados a través de un sinuoso camino entre los arbustos de espino. La silla era fácil de maniobrar por allí, pero supuse que tendríamos serios problemas al llegar a zonas más abruptas. Con dificultad bordeamos todas las rocas hasta finalmente llegar a una zona de grandes peñones salpicados de agujeros. Como me imaginé, desde allí era completamente imposible continuar.

— Nosotras podríamos pasar, pero la Volton no. —le indiqué a mi hermana observando la silla de Daniel que levitaba con un suave y ondulante movimiento sobre las rocas. — Debemos volver.

— Espera. — exclamó Kavi. — Tengo una idea.

Y tras aumentar al máximo la suspensión levitatoria de la silla, subió de un salto sentando su trasero junto a Daniel. Aquello me hizo soltar una sonora carcajada.

—Estas loca bahin -. Le dije risueña— Vas a romper la silla y encima te vas a romper la crisma.

—Vamos. No seas tan llorona y sube tu culo aquí. — ordenó señalando el espacio vacío de la otra parte de la silla.

Tal y como había asegurado, la silla, a pesar de hacer un ruido de mil demonios, aguantó el peso de los tres elevándose por encima de las rocas. Con algo de ayuda de nuestros pies, pudimos hacerla llegar a una zona sorprendente, llena de piedras verdes que se internaban en una pequeña cueva de techos bajos. El suelo allí estaba formado por cantos rodados y fue fácil bajarnos allí y empujar a Daniel hasta suelo firme. Allí extendimos las toallas y nos deshicimos de la parte de arriba de los bikinis. En ese momento Kavi me confesó algo sorprendente.

— Creo que Daniel se ha puesto alegre al sentar nuestros culos junto a él.

Tras observar mi expresión extrañada confesó que había sentido el empujón firme de su miembro bajo sus pantalones.

—“quizá no esté tan inválido como aparenta. ” – pensé socarrona observándole allí, acostado sobre la Volton y con la expresión perdida de siempre.

Mi incorregible hermana se acercó hasta él dispuesta, supuse, a alguna maldad. Cogió la mano inerte de Daniel y comenzó a acariciar con ella sus pechos desnudos, a pasarla por su cuello y a besarla de manera lasciva.

Aquel comportamiento por su parte me molestó. Ni aunque fuera con la mejor intención, estaba bien aquello. No debíamos aprovecharnos así de una persona en su estado, y me sentí verdaderamente incomoda al comprobar que Kavi, no solo no me obedecía, si no que parecía disfrutar con aquel perverso juego.

— Ya está bien Kavita. – le ordené en tono severo. – ¡Deja de hacer eso!

De pronto pasó su brazo libre alrededor de mi cuello y comenzó a besarme en la barbilla, primero de forma fugaz, casi tímida, pero lentamente su boca fue adueñándose de mí, nublándome el sentido. No pude evitarlo, correspondí sus besos abriendo levemente la boca y dejándome hacer. Noté los tibios roces de su lengua. Sus finos labios apoderándose de los míos, mordiéndolos y excitándome a más no poder.

Kavita comenzó entonces a acariciar mis pechos con la mano prestada de Daniel. Mis pezones me dolían con cada roce y creí enloquecer cuando una presión oprimió mi braguita a la altura justo de mi vulva. Seguí el juego con los ojos cerrados, frotándome contra aquella presión desconocida que me iba acercando cada vez más a un placentero estado de inconsciencia. Escuché gemir a mi hermana, pero no me atreví a abrir los ojos. Temía que al hacerlo dejara de sentir el placer tan intenso que estaba experimentando. Un placer que fue intensificándose hasta hacerse inaguantable. Finalmente estallé en un gran orgasmo, que me provocó visibles y placenteros espasmos en mis partes bajas.

Permanecí unos instantes apretándome más aún si cabe contra aquello que oprimía mi vagina, intentando exprimir al máximo el placer que se alejaba piernas abajo, humedeciendo mis muslos a su paso.

Volví a recuperar la consciencia de lo que estábamos haciendo. Con un gesto de desagrado aparté esa mano inerte de mis pechos, ahora doloridos con cada roce. Me avergoncé al ser consciente de lo que habíamos hecho allí en mitad de una playa abierta al público, y mirando sobre las rocas intenté descubrir la existencia de algún curioso que nos

hubiera descubierto.

Al reparar en mi hermana me sorprendí. Reposaba sus nalgas sobre la entrepierna de Daniel, permaneciendo recostada contra su pecho. La braguita de su bikini, desatada ahora de un extremo, caía ahora sobre la silla manchada de un sospechoso fluido espeso y blanquecino.

— ¿Cómo hemos sido capaces? — exclamé horrorizada.

Mi hermana se deshizo del bikini sucio y ajustándose el pareo comenzó a recoger las toallas del suelo.

— ¡Nos hemos aprovechado de él! —le grité intentando hacerla entender la magnitud de nuestras acciones.

Mi hermana clavó sus ojos en los míos, y algo extraño sucedió. Quede paralizada observándola. Por unos momentos supe lo que estaba pensando. Comprendí que no había nada malo en lo que habíamos hecho. Nadie se había aprovechado de nadie. Solo nos habíamos proporcionado placer, y eso era algo bueno. Sublime.

“Aunque inquietante.”

Esa misma tarde entré en el cuarto de Daniel con la bandeja de la comida. El pescado y las patatas emitían un aromático aroma que despertó mi apetito.

— ¡A comer! —. le dije— No puedes despreciar mi comida después de lo de esta mañana.

Daniel permanecía en la misma postura en la que lo dejamos al llegar de la playa. Ni le inmutó mi comentario. La comida del día anterior permanecía en la misma posición en la que la dejé la pasada noche. Solo el pan había desaparecido. Cogí la bandeja y la retiré, pero antes algo me hizo volver la cabeza. Mis ojos tropezaron con los suyos durante unas décimas de segundo.

—Daniel... ¿Sabes quién soy? ¡Soy Meena! ¿Te acuerdas de mí? — le expliqué sentándome en la cama a escasos centímetros de él.

Sus ojos azules permanecían de nuevo vacíos, perdidos en la claridad que traspasaba el umbral de la ventana. Junto a ella, sobre la cómoda, había un antiguo ordenador personal de teclado físico. Lo abrí, más por curiosidad que por otra cosa, encontrándome de bruces con la foto a la que se había referido la antigua asistente de Daniel. Nosotras tres, Gloria, Kavita y yo misma sonreíamos a la cámara en aquel viejo aeropuerto de Chicago. Parecíamos felices, pero yo sabía que en nuestro interior la pena de la despedida nos embargaba. En la base de la pantalla, minimizado, permanecía un archivo de texto con un escueto título: "El vigilante."

Lo leí.

## El vigilante

— Omega diecisiete. Puesto de control TBK/223. Nada que destacar. Horizonte limpio y rutas seguras. Nota: Solicito para recambio urgente dos Relés MK-25. — Recitó el anciano pegando su boca al micrófono remendado con cinta aislante negra.

— "A ver si esta vez me hacen caso" — pensó enojado, desconectando la unidad de emisión y dejándola lista para retransmitir al día siguiente el mismo y monótono mensaje de siempre.

El viento soplaba fuerte contra los enormes ventanales del aerofaro, que esa noche, tal y como mandaba la austera normativa, proyectaba su potente haz de luz hacia el oscuro infinito repleto de nubes de iones, claro anticipo a una tormenta magnética.

— Va a hacer una noche de perros. — exclamó el único habitante humano del puesto de control.

El anciano terminó de un sorbo con el café de su taza, limpió sus agrietados labios con su propia manga, y silencioso se encaminó a realizar sus últimas tareas en el exterior.

Aquel traje espacial olía a herrumbre y humedad, pero aún así lo necesitaba para realizar sus tareas diarias. Con el enfundado se dispuso a

salir de la habitación estanco cerrando la puerta herméticamente tras él. El fuerte viento magnético le recibió con violencia.

Allí delante de los paneles, permanecía agazapado su androide de compañía. Verlo allí le reconfortó, pero también le enojó en parte. Sabía que últimamente le había entrado una verdadera obsesión por aquella pequeña y escuchimizada palmera, que a duras penas resistía los temporales protegida inútilmente por su parapeto de aluminio.

— ¡Raúl! ¿Qué demonios haces ahí? – le preguntó sujetando la escafandra de su traje, que amenazaba con escaparse.

El androide se asustó al escucharle, e incorporándose exclamó:

— Buenas noches amo. Solo intentaba proteger la palma de la tristeza. Hace mucho viento esta noche, y puede que no sobreviva al temporal.

— Vamos vuelve al faro. La palma no necesita de tu ayuda. Ella no te lo agradecerá. Ya te dije que esa palmera guardaba toda la tristeza de los hombres en sus hojas; y la tristeza es tan fuerte que ningún temporal puede derribarla. Ojalá fuera así y el viento la hiciera volar por los aires. A la raza humana le iría mejor. – le dijo invitándole a entrar.

El androide obedeció, no sin mirar de reojo la palma agitada por el viento. Su evaluación de probabilidades auguró que no llegaría al día siguiente.

Ya en el interior, Raúl fue meticulosamente limpiado y brillantado por el anciano, que desincrustó las placas de carbono que se habían adherido a su pulida superficie.

— Si el temporal arranca la palmera... – comentó el androide sin terminar la frase. El anciano dejó su tarea y le miró con el ceño fruncido.

— ¿Por qué eres tan desconfiado? Ya te he dicho que la tristeza planta fuertes sus raíces. Ni cien huracanes como éste podrían arrancar a esa malnacida.

— Pero... Tú pudiste robársela a los dioses oscuros con solo arrancarla con tus manos. ¿No es así? – le preguntó.

El anciano sonrió al recordar aquel cuento chino.

— Hace mucho tiempo, el anciano que aquí ves fue uno de los caballeros de la alianza... – comenzó a contar.

— Lo sé. – le cortó en seco el robot. – “Azor” era tu nombre. Y “violeta” y “sesgad” tus talentos. Me lo has contado en otras ocasiones. Pero...

— Vamos Raúl. A estas alturas y no eres consciente de lo que representa un caballero de la alianza... – le dijo con una sonrisa en el rostro.

Aquella era una de las múltiples historias que el anciano contaba una y otra vez a su androide de refuerzo, único acompañante de sus eternas noches de soledad.

El cansado anciano era el único ser humano de aquel satélite-islote de Urano. A miles de kilómetros de “Titania” la base habitada más cercana del remoto satélite. Ciertamente tenía una continua comunicación con La Tierra las 50 horas que duraba allí un día entero, pero aquello no ocultaba el hecho de que se sintiera terriblemente solo en aquel Aerofaro, propiedad de la compañía minera.

Hacia años que ya no pasaban por allí los transportes de mineral. Las minas de Urano se habían mostrado demasiado caras de mantener debido a lo costoso de su conservación en tan inestable planeta, ese fue el principal motivo por el que la compañía decidió cerrar los yacimientos e instalaciones. Solo aquel aerofaro sobrevivió al cierre, siendo absorbido por la C.I.E. (compañía de investigación extrasolar). Aunque aquello poco había variado las funciones del anciano, que de informar del paso de transportes mineros pasó a informar del paso de satélites de investigación.

—“Todo es la misma mierda”— Pensó el anciano observando las pantallas de sonar que reflejaban el paso de un pequeño meteorito. Este recorrió el tormentoso horizonte hasta deshacerse ante sus ojos al contacto con la atmósfera del inmenso planeta gris azulado.

— Dime amo... Cuéntame otra vez como perdiste a tu familia... – graznó la metálica voz del robot.

El anciano desvió la mirada de la pantalla y la clavó en los diminutos ojillos negros del androide.

— ¿Por qué quieres que te cuente eso? ¿Es que tus bancos de memoria chochean? – le preguntó con sorna.

— Sí, es cierto. Ya lo has contado otras veces. Pero mi base de datos ansía completar y archivar todo lo referente a lo que ocurrió y al aspecto de esos monstruos...

El anciano colocó una silla ante el robot, se sentó con la dificultad que dan los años, y con la cabeza gacha siguió rascando la mugre oscura acoplada en las juntas de sus articulaciones.

Cuando el robot ya pensaba que tendría que pedírselo de nuevo, el anciano comenzó a hablar.

— “Llegaron con la niebla. Unos enormes seres con escamas negras como la pez. Eran familia de los dragones y a ellos les debían sus alas, unas membranosas extremidades resplandecientes con un fulgor macabro. Sus fauces despedían fuego y sus largas colas paralizaban a todo aquel desdichado que se cruzaba en su camino. Yo por aquel entonces no tenía a “Violeta”, “Sesgad” cumplió bien su labor, pero poco pudo hacer ante el terrible poder de aquellos mal nacidos que destrozaron la hoja con su terrible fuerza. Intenté hacerles frente con las manos desnudas pero fui alcanzado por sus agujones. Paralizado desde el suelo pude ver con lágrimas en los ojos como se llevaban a mi mujer y a mis hijas. Nada pude hacer para impedirlo... nada...”

El androide grababa meticulosamente todo lo que su dueño contaba, asintiendo de vez en cuando para dar a entender que comprendía.

El anciano continuó: — “Solo con un último aliento pude hacer frente a uno de ellos. Lancé mandobles con lo que quedaba de Sesgad y tras ser paralizado de nuevo y herido de muerte, aproveché mis últimas fuerzas para atravesar a aquel hijo de perra con mi pequeño puñal, que años después se convertiría en Violeta...”

Mientras el anciano narraba aquel fantástico relato, a su mente volvían dolorosos recuerdos que poco o nada tenían que ver con lo que estaba contando: Sus obsesiones enfermizas, su enfermedad... sus maquetas de castillos... sus armas... Sus continuas peleas con su mujer... Su enfrentamiento... Los golpes...

“Fue un accidente.”

Gritos, la policía entrando a tropel en su hogar... en su castillo... Paralizándole con sus bastones sónicos mientras él intentaba hacerles frente. La violencia con la que reaccionó ante aquella intrusión. Ante aquella invasión a sus dominios, ante el rapto de sus doncellas... El asesinato... La muerte...

“Sólo fue un accidente.”

Veintitrés años de reclusión en aquel aerofaro, a cientos de miles de millones de kilómetros de su hogar.... con una condena a muerte que nunca cumplió por su buen comportamiento... quizá porque ya no interesaba siquiera malgastar un solo crédito en la ejecución de un viejo loco medio inválido.

A nadie interesaba por que nadie sabía ya de su existencia...

El anciano desvió la vista hasta el tablón de corcho de la pared. Allí permanecían inalterables las antiguas fotografías de las tres. Las miró una a una y como bien iba haciendo desde hacía años les pidió perdón.

Se incorporó haciendo un guiño de dolor. Su androide observó la hinchazón que presentaba su rodilla y se dispuso a recomendar reposo al anciano... pero en el último momento se arrepintió... Si algo había aprendido en todo aquel tiempo a las órdenes de su amo era que por muy herido que estuviera, un caballero de la alianza nunca aceptaban la ayuda de alguien que no fuera un igual.

El viejo tosió ruidosamente, y una vez recuperado miró al androide con una sonrisa.

— Muy bien mi buen amigo. Aceptas el código de caballería sin rechistar. Ese es un buen camino. – le aseguró. – Quizás algún día tú.... – y tras dejar la frase a medias se dirigió hacia su cámara de animación suspendida. Allí computó veinte horas en el tablero de mandos, y tras introducirse en ella durmió.

Raúl no pudo recargar sus baterías esa noche. Las enigmáticas palabras de su dueño dejaron muchas incógnitas en su cerebro electrónico, y la más preocupante era esa última frase: “... algún día tú...”

Sus bancos de memoria compararon esa frase con una dicha por su dueño hacia ya tres meses y dos días: — “Raúl, tú podrías ser...”. Con el contexto de dichas frases el androide llegó a una conclusión que amparaba un 80 % de posibilidades. Que el anciano pensara hacerle a él mismo un aprendiz de caballero. Un verdadero caballero de la alianza.

Con algo parecido a la ilusión humana, el robot se dispuso a emprender una nueva sesión de trabajo en el amanecer del nuevo día.

La jornada transcurrió tal cual habían transcurrido las anteriores siete mil trescientos cuarenta y dos. Esos eran precisamente los días que el androide llevaba viviendo en aquel lugar a las ordenes del anciano técnico de mantenimiento.

Tras cerrar herméticamente todos los accesos al aerofaro y proteger los monitores con sus correspondientes cubiertas, el robot salió al exterior, encontrándose de bruces con el ardiente rastro de calor que despedía el lejano sol. Sus sensores comenzaron una cuenta atrás de doscientos minutos, tiempo previsto para que los implacables ochenta y nueve grados centígrados comenzaran a fundir sus protecciones.

El robot revisó los alrededores arrancando unos cuantos líquenes saturninos que se habían infiltrado en la estructura de las placas solares. Precisamente allí, bajo una de ellas estaba de nuevo la palma de la tristeza. Firme y orgullosa.

— El amo tenía razón—. Se dijo el androide— La planta resiste a expensas de los nefastos pronósticos de mis especulaciones.

Una vez de vuelta en el interior, Raúl siguió sus tareas hasta bien pasadas las primeras cuarenta horas del día. Al comenzar la hora cuarenta y uno, la cámara de descompresión liberó a su ocupante del helado sueño. El robot Raúl le esperaba paciente a los pies de su sarcófago de metacrilato.

— Hola amigo— Le saludo el anciano, ayudándose del metálico hombro de su robot para incorporarse.

— Hola amo. La planta de la tristeza sobrevive todas las noches a una temperatura superior a la resistencia de cualquier organismo vegetal. – exclamó asombrado. – “¿Cómo puede explicarse ese fenómeno? No computa en mis circuitos tal posibilidad.

— Ya te dije lo que pasaba con la tristeza... – exclamo como única respuesta. – Ayúdame a llegar a la mesa.

De nuevo la misma rutina. De nuevo los mismos informes, y de nuevo la eterna espera de piezas gemelas de su puzzle inconcluso. El mismo puzzle de su vida incompleta.

El rutinario trabajo del anciano volvía a ocupar todo su tiempo y eso era bueno...

Un sonido a mis espaldas me alertó. Era Kavita, que asomó junto al umbral de la puerta. En su mano derecha sostenía una manzana a la que le faltaba un bocado, y aún masticándola comenzó a hablar.

— La palma de la tristeza...

— ¿Será esa? — le pregunté señalando hacia la marchita palmera que asomaba sus hojas desde la contigua habitación.

— No sabía que Daniel había continuado escribiendo aquí en la isla.” — aseguró. — “Un relato corto y lleno de metáforas.”

— ¿Metáforas? Solo he encontrado una. La de la palmera. — le repliqué buscando en la pantalla algo oculto que descubrir.

— Si buscas, encuentras. — contestó Kavita con un pícaro gesto ofreciéndome la fruta. Yo la acepté gustosa dándole un bocado en el mismo lugar que tenía mordido.

Miré hacia la cama y ahí estaba Daniel, pero nadie más. Ahora yo ocupaba el lugar del umbral de la puerta, el mismo que hace unos segundos ocupaba mi hermana.

Un oscuro temor nubló mi mente al ver rodar la manzana por el suelo.

El resplandor de una tormenta lejana me despertó en mitad de la noche.

Estaba atrapada por los brazos de Kavita que dormía profundamente, y esta vez, a diferencia de otras noches, su peso contra mi pecho me agobiaba. Me costó desembarazarme de ella sin despertarla. Con sumo cuidado me deslicé por la cama hasta alcanzar mis zapatillas. Me las ajusté apresurándome a cerrar la ventana que dejaba volar las cortinas como si fueran fantasmas intentando escapar de la casa.

En el exterior comenzó a caer una lluvia fina pero persistente.

El haz de luz del faro realizó un barrido por el embravecido mar y ese fugaz instante de luz me permitió ver algo inusual en las proximidades del cabo. Una barca sin tripulación iba a la deriva adentrándose cada vez más en ese mar furioso. Permanecí unos instantes observándola; mirando cómo se alejaba hasta perderse tras el espigón de las rocas de la cueva.

— Didi, que haces... – susurró la voz de Kavita acurrucada bajo las sábanas.

— Había una barca...vacía. Pero...

— Ven aquí —. Me dijo con aquel tono de niña mimada que tanto me gustaba— Tengo frío.

En ese momento dejé de darle importancia. Probablemente por la mañana algún marinero se maldeciría al no haberla amarrado bien.

Volví a deslizarme bajo las sábanas y la abracé con todas mis fuerzas. Necesitaba estar con ella, retenerla entre mis brazos. Abrigaba en mi interior un extraño sentimiento de pérdida que no podía soportar.

—¿Qué haces Meen? Me vas a asfixiar.

— No me abandones nunca, nunca, nunca... por favor. – le supliqué en un susurro directo a sus oídos.

Kavita sonrió acariciándome la mejilla, y acercándose me dio un beso.

—Nunca...

No la creí.

Tras la tormenta amaneció un precioso día.

Mi hermana me sorprendió esa mañana proponiéndome una escapada a la otra parte de la isla, y yo acepté gustosa la idea. Desde que llegamos, no

habíamos salido nunca juntas de la casa de Daniel, y sinceramente, nos apetecía hacer algo diferente en aquella monotonía que nos absorbía día tras día.

En unas horas estábamos recorriendo la parte turística de Tabarca. Cogidas de la mano y como unas viajeras más, atravesamos el estrecho arco de la entrada al pueblo. Bromeamos con las antiguas efigies de vírgenes y santos que permanecían allí, objeto de culto de los cristianos que por allí pasaban.

Tras rodear la plaza principal nos topamos de bruces con un mercado. Tuvimos serias dificultades para transitar con la silla de Daniel entre tanta gente, pero aún así pudimos internarnos en las callejuelas de casas enlucidas del blanco más puro, todas ellas destinadas a vender unos u otros artículos. Kavita compró algunas frutas y dos camisetas de estilo hippie que le encantaron. Yo me entretuve ojeando unos antiguos libros de medicina que vendía un anciano bigotudo.

En más de una ocasión pude observar a alguien parándose a mirarnos. A ciencia cierta no supe bien cuál era el hecho que les sorprendía, si la existencia de un minusválido en la isla, o la de que sus dos acompañantes caminaran cogidas de la mano y demostrando públicamente su amor.

Me indigné al pensar que a mitad del siglo XXI aún existieran tantos prejuicios morales, aunque Kavita me hizo olvidar aquello al sostener divertida la mirada de todo aquel que nos examinaba. Aquello les obligaba a bajar la cabeza avergonzados, y a mí me hacía soltar una carcajada contenida.

Tras atravesar la aldea llegamos hasta unas antiguas murallas erosionadas que bordeaban un acantilado. Seguimos recorriéndolas hasta darnos de bruces con el camino ascendente del faro. Señales de prohibido el paso cercaban a ambos lados la metálica estructura. Kavita no pareció pensárselo, y continuó empujando la silla levitatoria de Daniel escaleras arriba.

Llegamos a un lugar desde donde se podía observar con total claridad la inscripción que bordeaba el faro.

—“Eterno ojo que espera y anhela un regalo del mar que no llega.” – recitó mi hermana dando a ello un tono de tragicomedia que me divirtió. –¿Qué querrá decir? ¿El autor se refería a nosotras?

Allí arriba, en el mirador de aquel viejo faro había alguien asomado. Era el viejo de la gorra de marinero. Oteaba el horizonte con algún instrumento óptico. Kavita inspeccionó el lugar donde yo miraba, descubriéndolo

también allí.

— ¿Crees que Daniel se inspiró en él cuando escribió ese cuento? – le pregunté abstraída.

— No lo sé. Pero no voy a subir a preguntárselo. – exclamó mirando a su alrededor— Aunque... igual le gustaría que alguien hablara su mismo lenguaje. – añadió, cogiendo del suelo una oxidada barra de metal que sostuvo delante suyo, como una improvisada espada.

Las dos reímos ante aquello, pero la risa se nos congeló de pronto al observar el enorme perro que aparecía corriendo calle arriba.

Kavita soltó la barra de metal y retrocedió asustada tras la silla de Daniel. Yo, mientras tanto, me mantuve serena frente a él. En mi tiempo como profesional había atendido en más de una ocasión a víctimas de mordeduras de animales, y gracias a ellos conocí la forma de apaciguar a las bestias furiosas. Simplemente plantándoles cara. Aunque se me hizo difícil permanecer impassible ante aquel enorme mastín negro con dientes como cuchillos.

— ¡Bus! ¡Quieto! –le grité manteniendo mi posición —Vamos. ¡Vete!

El perro, lejos de intimidarse comenzó a ladrar enseñándome los dientes. Ahí me maldije por no haber cogido a tiempo la barra de metal de mi hermana, que ahora permanecía fuera de mi alcance.

— Has cabreo a Sauco, morita –. Esas fueron las palabras de un joven que venía andando tan tranquilo hacia nosotras. – Él sabe que aquí no pueden subir turistas. Y si lo sabe él que es un perro... ¿Cómo no lo sabes tú?

Al llegar a nuestra altura pude verlo bien. Sus ojos eran fieros y salvajes, casi como los de su perro. Vestía al estilo militar, con botas y pantalones de campaña, y en su torso desnudo ya se atisbaba un comienzo de pelusilla. Calculé que no debía tener más de dieciocho años, aunque por su tono de voz y sus expresiones parecía más bien un adulto barriobajero curtido en mil peleas.

Con total naturalidad aferró una especie de grillete a la correa del perro y cuando ya lo tuvo en su poder tiró de él. Aquello pareció relajar un poco al furioso can.

— Debería dejar que Sauco os arrancara la cabeza — Exclamó mirándonos de forma arrogante mientras sostenía al perro frente a nosotras, como si de un arma se tratara— ...pero está mi padre ahí, así que me portaré bien... de momento... —añadió poniendo especial énfasis en sus últimas

palabras.

De pronto se acercó hasta mí con una sonrisa maliciosa, y sin poder evitarlo pude notar como su mano derecha se internaba rápidamente por debajo de mi falda, palpando de lleno mis nalgas. Aquello me enfureció de tal manera que no pensé en las consecuencias.

— ¡Qué haces! ¡imbécil! ¡Déjame! – Le grité mientras me abalanzaba a golpearle y empujarle, haciendo que el muchacho retrocediera azorado. Mi reacción despertó la ira del can, que probablemente pensó que atacaba a su dueño. Con graves ladridos se abalanzó hacia mí intentando morderme.

— ¡Fuera de aquí! – gritó el muchacho intentando dominar a su incontrolable animal..

Kavita desbloqueó la silla de Daniel, y en menos de un segundo ya estaba escaleras abajo. Yo la seguí, pero sin pensarlo dos veces me hice con la barra de metal que Kavita había tirado y volví sobre mis pasos. La ira se había apoderado de mí y no sabía muy bien lo que hacía.

El muchacho, que no esperaba mi reacción, retrocedió al verme con ese hierro en las manos. El perro, a su vez parecía fuera de sí, obligando a su dueño a luchar con la correa para no dejarlo escapar.

— Morita. ¿Estás sorda? ¡Te he dicho que te vayas! – gritó cada vez más furioso.

— Yo no soy morita. Niño. Soy ciudadana hindú. – le grité avanzando hacia él con un considerable subidón de adrenalina.

Aquello enfureció tanto al animal que comenzó a dar dentelladas al aire, empujando tras de sí a su dueño, que apenas podía ya retenerlo usando todas sus fuerzas. Mi corazón latía a mil por hora llevándome casi al borde del colapso, pero me mantuve firme en mi posición.

— ¿Sabes de donde somos los hindúes? Supongo que tu inteligencia no da para mucho, así que te lo diré. De la India. ¿Lo entiendes?

— Didi, vámonos. Meena... – Gritó Kavita, preocupada por mi calle abajo.

Poco a poco fui retrocediendo, siempre sin apartar los ojos del sorprendido joven, que no esperaba encontrar esa tarde una adversaria como yo.

Cuando estuve lo suficientemente lejos solté la barra y corrí hacia mi hermana que ya había comenzado a escapar con la Volton calle abajo.

En nuestra huida, mi hermana no paró ni un momento de recriminarme por mis acciones, pero yo estaba satisfecha conmigo misma. Aquella isla me había enseñado los dientes y yo se los había enseñado a ella. Ahora, tras aquella demostración de poder, cada cual volvería a su rincón teniendo en cuenta al otro.

— ¡Arebaguandi! ¡Are babai Estás loca Meena. De verdad que no lo entiendo. Ese perro podía haberte matado. ¿No lo has pensado? De verdad que me preocupas didi. Tú siempre has sido la más razonable de las dos, y ahora... esto...

Una vez hubimos regresado a la parte turística tuvimos que parar a recuperar el aliento. Daniel se dejaba llevar como un muñeco de trapo encerrado en su silla, y al parar en seco casi se nos cae.

— ¡Are baba Meen! – gritó Kavi sujetando al pobre hombre. La ayudé a incorporarlo, y al mirarnos a la cara no pudimos contener la risa.

Nos abrazamos las dos riendo sin parar, y continuamos así durante todo el trayecto de vuelta. Estábamos nerviosas por lo acontecido y necesitábamos desahogarnos de alguna manera. Yo, por mi parte tenía ganas de gritar, de correr, de saltar y sobretodo de hacerle al amor a aquella muchacha que tenía delante, tan igual a mí y a la vez tan diferente.

ψ

23

Esa noche arrastré a mi hermana hasta las rocas del cabo. Era una zona resguardada por dos espigones de piedras, y por consiguiente de aguas más tranquilas, ideales para el baño.

Era tarde y no había nadie por los alrededores. Aquello nos dio alas para deshinibirnos más de lo que estábamos ya, deshaciéndonos de la ropa y apurándonos en aprovechar el tiempo juntas. Un tiempo que por alguna razón sentíamos que se nos escapaba. Aunque Kavita era la más despreocupada de las dos, siempre incitándome a participar en sus juegos. Al mismo bajar a la arena se deshizo de sus vaqueros y me los lanzó. Aquello me cogió desprevenida, y provocó que toda mi ropa,

impecablemente doblada, se manchara al caer a la arena.

— Didi, no seas tan ordenada. – me gritó a cierta distancia guardando las distancias mientras esperaba algún tipo de represalia.

Lo que esperaba se cumplió, ya que me abalancé tras ella con intenciones de arrastrar por el barro toda su ropa. Kavita huyó, pero finalmente le di caza, arrastrándola tras de mí hasta el mar.

Nuestros gritos y carcajadas se podían escuchar de lejos en aquel lugar apartado, pero no nos importaba ya que estábamos disfrutando con lo que hacíamos, desinhibidas y felices.

Kavita gritó entre risas, suplicándome que la dejara despojarse de la camiseta y la ropa interior. Fui paciente y obedecí, deshaciendome a la vez de un bikini que me sobraba. Para ser sincera, deseaba con todas mis fuerzas mostrar mi desnudez. Kavita comenzó entonces a azotarme con su camiseta. Pronto le seguí el juego corriendo tras ella. Éramos de nuevo dos chiquillas disfrutando con unos juegos infantiles que poco a poco fueron yendo a más, aferrándonos la una a la otra como una sola persona.

Nuestro abrazo desembocó en un interminable beso que nos arrastró mar adentro. Las aguas estaban calientes y nosotras las fuimos caldeando más aún, tomando aquel baño un cariz más privado, íntimo y sensual.

Mi hermana se aferró a mi cuello arrastrándome con sus brazos hasta que nuestros pechos se rozaron. Me apreté más aún a ella, juntando nuestros vientres húmedos. La besé profundamente. Saboreé esos labios tan conocidos para mí. El superior tan fino como la pluma de un ave, tan en contraste con el inferior, inflamado, como lo estaba mi ánimo. Ella era mi pelha phela: mi primer amor, y el único que iba a tener en toda mi vida. Nadie más podría llenarme más y lo mismo pensé que sentiría ella.

Sus ojos color miel reflejaban las lejanas luces de la aldea, pero también dejaban entrever la excitación contenida que sufría por dentro. Sus tímidos roces contra mi cuerpo poco a poco fueron tornándose más íntimos y penetrantes. Su piel color café con leche era ahora negra como la noche que nos protegía, y las perlas de agua salada que resbalaban por su pecho eran las estrellas que nos observaban en silencio. Como queriendo guardar el secreto de aquellas dos hermanas amándose.

Noté unos dedos entrar en mi cueva submarina, introducirse en ella y explorarla, hacerla suya con sus expertos roces que fueron inundando mis profundidades con un excitante frescor.

Me moría de gusto con cada roce, con cada caricia. Sin pensarlo aferré mis pechos y pellizqué mis pezones, ahora complacientes y tan

entregados a proporcionarme placer. Pero aquello pareció no agrandar a Kavita, que me los quitó de las manos y comenzó a hacerlos suyos, a besarlos y acariciarlos como solo ella sabía hacer.

No podía comprender cómo era capaz de ser dueña de ellos sin abandonar mis partes bajas, pero no me importó. Estaba subiendo a altitudes jamás pensadas. El cuerpo de mi hermana se frotaba una y otra vez contra el mío, y por un momento creí que saldrían chispas de nuestros roces.

De pronto una inoportuna ola nos tragó, acabando de cuajo con nuestros juegos. Había tragado agua, y comencé a toser mientras reía a la vez.

Aquel había sido sin duda el colofón más frío e inesperado de todos mis encuentros sexuales.

— La marea odia que nos amemos. — bromeó ella mientras luchaba por recuperar el equilibrio en un mar que iba embraveciéndose por momentos.

Le tendí la mano para ayudarla a salir de las oscuras aguas, y en ese momento los vimos. Unos veloces aparatos atravesaron el firmamento dejando tras de sí una estela de fino humo blanco.

Instintivamente tapé mi desnudez con ambas manos. Era absurdo, ya que ninguno de aquellos pilotos podía habernos visto desde esa altura, pero aún así permanecí oculta hasta que desaparecieron por el horizonte.

— Han dicho en la tele que la república China también se ha unido al conflicto. — explicó Kavita mientras se ajustaba de nuevo los pantalones vaqueros. — Cada vez tenemos la guerra más cerca.

Yo permanecí en silencio escudriñando el oscuro firmamento.

— Bueno, no hay nada que temer. — continuó sin importarle mi mutismo. — “La increíble domadora de perros y chulitos de playa está conmigo.”

En esos momentos cogí un puñado de arena y se la lancé, provocando con ello otro de nuestros juegos.

Su comentario me había divertido, pero también me entristecía. Ella confiaba en mí más que en ninguna otra persona. Pero solo yo conocía el miedo tan terrible que sentía por dentro. Un miedo tan intenso y febril que no me dejaba ni respirar.

Esa noche dormí un sueño sin sueños. Agobiante y amenazador.

Desperté empapada en sudor al creer escuchar un grito. A través de la ventana apenas podía verse el suave resplandor anaranjado del alba. Calculé que debían ser cerca de las cinco de la mañana.

Como cada mañana palpé a ciegas el otro lado de mi cama, esperando encontrar allí a Kavita. Pero solo encontré las frías sábanas púlcramente alisadas. Parecía no haber dormido allí.

En ese momento un nuevo grito me puso en guardia. Algo estaba pasando en la planta baja, y aquello me aterrorizó. Rápidamente me retraje hasta lo más profundo de mis sábanas y allí agazapada permanecí expectante. Podía escuchar una respiración fuerte y entrecortada, muy distinta a la de cualquier persona normal.

De pronto un miedo lejano, casi arcaico cruzó como un rayo mi entendimiento. El perro de aquel condenado muchacho estaba allí. Se había infiltrado en la casa aprovechando la oscuridad de la noche, y... Kavita...

La idea de que pudiera haberle sucedido algo a mi hermana me dio fuerzas de flaqueza, y con una fuerte determinación aferré mi maletín médico, sacando de lo primero que consideré podría usar como arma: un bisturí rotatorio de un escandaloso color violeta. Al ponerlo en marcha el instrumento comenzó a emitir un zumbido capaz de intimidar a cualquier intruso. Aunque los gritos y gemidos siguieron escuchándose.

Fui bajando descalza los ocho escalones que unían la planta baja con los dormitorios. Bajé con paso firme hasta el salón blandiendo la pequeña hoja azulada ante mí. Cuando mis pies se posaron en el último peldaño, mi convicción sobre lo que veían mis ojos comenzó a flaquear.

Allí, a escasos metros de mí, alguien estaba forzando a Kavita que gemía y luchaba por deshacerse de su raptor. Desde mi posición solo podía escucharles, pero sin lugar a dudas todo se estaba produciendo en la habitación de Daniel.

Entre con la hoja afilada por delante, pero la sangre se me congeló en las venas al verlos allí a los dos, desnudos. Él, aferrando a mi hermana de las

caderas mientras ésta, con las rodillas clavadas en la cama levantaba la pelvis cada vez más con cada embestida de su amante. Daniel sostenía fuerte sus nalgas mientras insertada cada vez más profundamente su miembro en la cavidad profanada de mi hermana. Kavita no solo no sufría, si no que disfrutaba con cada empuje que terminó haciéndola gritar como una loca cuando aquel hombre la hizo llegar al orgasmo.

Daniel no se detuvo ante la culminación de su amante, más bien incrementó las acometidas haciendo bailotear los pechos de mi hermana que continuó elevando su vulva hasta hacerle estallar con una fuerte explosión blanquecina.

Me maldije una y mil veces por no haberlo sospechado antes. Las ausencias de Kavita, las acciones de Daniel cuando no lo veía. Ahora todo cuadraba.

Kavita me miró sin levantar su rostro de la almohada. En ese momento volví a sentir la simbiosis que me unía a ella. Comprendí el terrible deseo que la consumía por dentro. El fuego abrasador que bailoteaba en su interior haciéndola caer en la cama, desmadejada como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas.

Por unos momentos yo fui ella y sentí en mi interior la potencia de aquello que Kavita había experimentado. Mis fluidos entremezclados con los de Daniel recorrieron mis muslos, mis rodillas y cayeron a las sábanas, al suelo y corrieron por las baldosas hasta posarse de nuevo en mis pies.

Me marché llorando de allí.

Kavita me había fallado, y desde ese momento me prometí a mí misma que no volvería a dirigirle la palabra.

Ni a ella ni a ese falso mentiroso americano.

Partí temprano con mi maleta como único acompañante. El insomnio de la pasada noche me sirvió para ordenarme un poco las ideas y dilucidar lo que me convenía y lo que no. En aquel lugar una de las dos sobraba, y esa noche Kavita me lo había dejado bien claro.

Un insistente reguero de lágrimas surcó mi rostro durante todo el trayecto hasta la zona turística de la isla. Tenía intenciones de coger el primer barco que me llevara a la costa y de ahí marcharme hasta el aeropuerto. Volvería a mi país y retomaría mi trabajo en el hospital. Todo volvería a ser como antes.

“...Bueno... todo no. Faltaría mi hermana a mi lado.”

La desolación más atroz destrozó mi corazón, me hizo detenerme y llorar desconsoladamente en mitad de aquel paseo desierto de tablas sueltas. No sabía por que había pasado aquello. ¿Por qué me habían ocultado su relación? Luchaba por comprenderlo y no daba con la explicación. Cuando fuimos a Chicago todos éramos uno, y participábamos como cuatro amantes unidos por el amor y el deseo. Ahora no llegaba a entender lo que había visto, y esa misma incomprensión me angustiaba por dentro.

Bajé a la playa. Aún era temprano y apenas había personas en los alrededores. Desde allí podía ver pasar el barco que rutinariamente llevaba viajeros a la costa. Calculé que volvería pasada una hora. Ese tiempo me vendría bien para pensar.

Entré en uno de los restaurantes y me tomé un té. Ni punto de comparación con nuestro té Chai, mucho más especiado y sabroso. En la televisión podían verse escenas de masacres y catástrofes, la rutina de la guerra imperante. Aunque no llegué a prestar demasiada atención a aquellas imágenes. Mi mente deambulada en una ensoñación parecida a la producida por el alcohol. Estaba confusa y desolada, y lo único que anhelaba eran respuestas. Quería saber de boca de mi hermana lo que había pasado. Lo que le había llevado a conspirar una traición así contra mí.

Pagué el té y allí lo dejé sin apenas probarlo. Había pasado el tiempo y ahora la playa bullía de personas intentando hacerse un hueco en la arena. Yo también decidí ser una de esas personas. Integrarme en el mundo y que mis penas se disgregaran en él.

En el estrecho baño del bar ajusté mi bikini, y con él bajé de nuevo hasta la arena, eso sí, siempre acompañada de mi maleta. Era consciente de que parecía algo extraña, paseando de aquí para allá con mi equipaje, pero nadie reparó en mí. Lo cierto es que me sentó bien pasar esas horas entre la gente. Me ayudó a pensar y reorganizar mis ideas. Aquella soledad impuesta junto a mi hermana no había sido lo que en un principio habíamos pensado. Fue degenerándose hasta convertirse en algo grotesco y deforme.

La realidad me golpeó de lleno, y dolía. ¡Vaya si dolía! Pero dependía solo de mí el levantarme y no seguir lastimándome más. Me iría, lo había decidido. Volvería a mi país y a mi vida, y cuando ya no hubiera nadie para hacerme daño, yo misma me lo haría recordando.

—¡Si está aquí la morita valiente! – exclamó una sombra tras el sol.

Tuve que esforzarme para poder verle con claridad, aunque conocía de sobra ese insultante tono de voz. Era el muchacho del perro. Aunque ahora me sorprendió al llevar puesta una camiseta de la cruz roja.

—¿Has venido a verme? Por lo menos esta vez no traes el palo. – En ese momento el muchacho se sentó con total confianza junto a mí, sobre mi misma toalla.

—No creo haberte invitado a sentarte. – le recriminé con el ceño fruncido.

—¿Rechazas a la cruz roja? – exclamó fingiendo indignación– ¡No sabes con quien estás hablando! ¡Yo aquí salvo vidas! Aunque no me extraña que no sepas lo que soy. En tu país aún vais montados en vacas. ¿No?

Aquel muchacho claramente estaba provocándome. Pero yo no tenía ganas ni de averiguar sus intenciones ni de molestarme en perder más el tiempo con él.

Conocía a ese tipo de personas, y eran de las que provocaban sin parar hasta llegar a una guerra. Y yo no tenía suficiente ánimo como para batallar con nadie.

Me puse en pie, y con total determinación tiré con todas mis fuerzas de la toalla que resbaló tras él, dejando su culo sentado en la arena.

—Vaya. Estas fuerte –. me dijo pasando una mano por mis pantorrillas– Fuerte, valiente y cachonda.

La indignación que sentí hizo que propinara un puntapié a la arena, embadurnándolo de la cabeza a los pies. El muchacho se levantó indignado levantando la mano en aptitud amenazante, pero se contuvo al ver cómo le plantaba cara.

— Escucha, palurdo de pueblo. Ni te he dado permiso para que me hables, ni para que me toques, ni mucho menos para que me levantes la mano. Y ten claro que si te vuelves a acercar a mi te arrepentirás. – Y tras dejarlo atrás añadí — Y las cruces rojas no me impresionan. Yo soy médico.

El muchacho no pronunció palabra, y yo me alegré de ello. Había puesto en su lugar a aquel niñato estúpido, y la satisfacción que sentí por ello me

dio fuerzas para volver a casa.

Ahora debía poner es su lugar a otra persona.

26

Cuando llegué, Kavita estaba asomada al quicio de la puerta. Vino a mí visiblemente preocupada.

— Didi. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estabas? Te he buscado por toda la isla.

Pasé junto a ella sin detenerme. Sin mirarla siquiera a los ojos. Aquella traición con Daniel era demasiado amarga para que se me olvidara con un solo día de distanciamiento. Mi hermana siguió disculpándose tras de mí. Haciéndome creer que no sabía la razón de mi enfado.

Cuando llegué a nuestro cuarto recogí las sábanas para llevármelas abajo. Pasaría una noche más allí, eso sí, pero no tenía intención de dormir con ella. Con una traidora mentirosa como ella.

Cuando ya tuve todo preparado me dispuse a bajar por las escaleras atravesando el arco que unía las dos plantas. Fue entonces cuando mis pasos se detuvieron en seco. Allí, disperso sobre los muebles del comedor estaba todo mi instrumental médico: mis bisturís, mi caja de curas, el cicatrizador, las fresas, las pinzas, etc. Aquello era inaceptable.

— “¿Qué se suponía que habían estado haciendo con mis cosas?” — me pregunté llena de ira. Si ya estaba enfadada cuando llegué, ahora aquello me puso furiosa de verdad.

Sin pensarlo arremetí contra mi hermana.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué habéis estado haciendo con mi instrumental? — le grité.

Kavita retrocedió asustada al verme en tal estado de nerviosismo.

—Didi, me asustas. No sé de qué me hablas... Yo solo...

—Mis cosas —. le repetí intentando dar énfasis a mis palabras— ¿Qué

habéis hecho con ellas?

Kavita permaneció por unos segundos mirándome extrañada. Parecía como si no supiese de veras de lo que le estaba hablando.

— Meen... me preocupas. Tú misma las sacaste ayer. ¿No lo recuerdas? Cuando pasó lo de Daniel — exclamó señalando a la habitación del americano.

—¿Lo de Daniel? – repetí sin comprender.

Cuando me acerqué pude verle. Tendido sobre su cama, con la cara amoratada y un vendaje que le cubría una parte de la cabeza y la totalidad del párpado izquierdo. Permanecía con la misma expresión de siempre, abstraído y como en otro mundo, pero con claros síntomas de haber sufrido una contusión importante.

Ahí llegué a ser consciente de que algo no andaba bien conmigo. Aquel hombre era incapaz de valerse por sí mismo, y mucho menos de realizar lo que le vi hacer con mi hermana. ¿Había sido todo un sueño? ¿Una confabulación de mi mente? No lo sabía, pero la sola idea de pensar que había estado a punto de abandonar a Kavita por eso, me erizó el vello de los brazos.

Mi preocupada hermana me observaba en silencio desde la puerta.

Hundida en la más profunda de las derrotas me dejé caer sobre la cama. Todo el instrumental que había conseguido recuperar resbaló de mis manos cayendo sonoramente al suelo.

Escuché sus pasos silenciosos acercarse, como si de un felino se tratara. Se acurrucó a mi lado y comenzó a abrazarme, lentamente, como se le explican las cosas a un niño, me relató todo lo que había pasado esa noche. Cuando encontró a Daniel en el suelo cubierto de sangre. La cura de urgencia que yo misma le hice. Las llamadas que hicimos al hospital...

— Esta mañana ha venido su médico. Dice que solo ha sido un susto –. y tras una pausa añadió— Ha preguntado por ti y no he sabido qué decirle.

Continué mirando a mi hermana, esperando quizá alguna especie de broma de mal gusto. Mis ojos deambularon sin rumbo por toda la habitación, parándose furtivamente en las dos únicas personas que compartían ese dormitorio. Daniel y Kavita, Kavita y Daniel, los dos amantes en mis delirios y muestra evidente de mi desequilibrio mental.

En ese momento la arraigada seguridad en mi misma comenzó a desmoronarse como un castillo de naipes. Las lágrimas recorrieron mis mejillas y cuando quise darme cuenta me encontré llorando

desconsoladamente, como una niña pequeña. Mi hermana acudió a consolarme, resguardándome en un huequecito de su pecho, al igual que hacía yo con ella cuando eramos solo unas chiquillas.

— Didi. No llores. No me gusta verte así. Yo soy la llorona. ¿Recuerdas? Eres tú la que siempre me consuela a mí.

Entre los brazos de mi hermana pude alcanzar a ver el ordenador personal de Daniel. Estaba de nuevo encendido y mostraba un simple archivo de texto:

—“La Pandemia Roja”

Quise leerlo.

ψ

## La Pandemia Roja

1

Nadie sabe como comenzó. Un mal día, los medios de comunicación se colapsaron de noticias sobre altercados en diferentes partes del mundo. La gente enloquecía sin ningún motivo y se atacaban los unos a los otros.

Una extraña epidemia fue poco a poco conquistando las principales capitales del planeta. Los países del continente americano fueron los primeros en sufrirla, y no pasó un solo día sin que apareciese en los medios alguna noticia de ataques salvajes a civiles y gente inocente.

Aún no se conocía el origen de la infección, ni a qué tipo de sujetos contagiaba con más facilidad. Los infectados destacaban sobre todo por su agresividad sin límites y su instinto primario, que los hacía ser prácticamente animales sin raciocinio. En televisión pude ver en más de

una ocasión como familias enteras habían sido asesinadas brutalmente por culpa de algún infectado que no había dudado en atacar salvajemente a sus propios hijos, primos, esposas o padres.

Aquí en España pasó mucho tiempo hasta que apareció algún infectado. En mi ciudad todo seguía como siempre, aún cuando todos teníamos en mente que algún día nosotros también podríamos llegar a estar en cuarentena, como tantas ciudades del centro y norte del país.

Pero antes de nada me presentaré. Mi nombre es Alicia y tengo 18 años. Soy estudiante de bachillerato en un instituto de un pueblo costero del levante español. Vivo con mi hermano pequeño Isaac, mi madre y su novio en una urbanización cercana al pueblo, pero en cierta manera, un poco apartados de la civilización. En verano todas estas casas y chalets se llenan de gente, pero ahora en invierno esto parece un desierto.

Hace unos años vivíamos en una ciudad cercana, pero cuando mis padres se separaron, cada uno tiró para un lado. Mi padre se quedó allí y mi madre, cansada del estrés del tráfico y la gente, aprovechó la oportunidad para comprarse junto a su novio este pedacito de retiro junto al mar.

Quizá por estar aquí, tan alejados, no llegamos a sufrir de lleno la epidemia cuando llegó a estas tierras. Pero lo cierto es que existía, se estaba extendiendo y antes de que quisiéramos darnos cuenta llegó a nosotros.

Un desafortunado día olvidé cargar mi tarjeta de viajes de bus. Me apresuré a encontrar algún compañero que quisiera acercarme a casa, pero precisamente ese día salí de clase a última hora, y ya todos se habían marchado. Llamé al teléfono de casa, encontrando allí al novio de mi madre que se ofreció a recogerme con su coche.

No habíamos terminado de salir a la carretera cuando nos dimos cuenta de que algo no iba bien. No había nada de tráfico, y los pocos coches que circulaban iban en servicio de urgencia con las luces rotativas encendidas. Observamos preocupados los helicópteros que surcaban los alrededores, tropezándonos de lleno con un destacamento de militares. Nos impidieron el paso desviándonos por un carril provisional cercado por alambradas. Al final de aquel camino encontramos un control que, tras solicitarnos nuestra identificación, nos ordenaron regresar a casa por un camino rural y permanecer encerrados hasta que los medios de comunicación anunciaran que era seguro salir.

Aunque eso nunca llegó a pasar.

Daniel, que así se llamaba mi padrastro, hizo acopio de comestibles en un supermercado de la urbanización, y al mismo tiempo les alertó del peligro. Los pobres abuelos que regentaban el establecimiento no hicieron mucho

caso de la advertencia, diciéndole que: "si habían sobrevivido a una guerra, aguantarían lo que viniera".

Ya de regreso a casa, mi madre nos esperaba preocupada. Daniel la había avisado por mensajes de lo que ocurría. Gracias a Dios todos estábamos a salvo y así permanecimos durante los días siguientes al desastre. Lógicamente nos preocupamos por nuestros otros familiares (tíos, abuelos, primos), pero el teléfono nos ayudó a estar comunicados con ellos.

Daniel decidió viajar hasta la ciudad de sus padres, ya que hacía dos días que no le contestaban al teléfono, y para dar más gravedad al asunto la televisión no paraba de dar noticias de la aparición de nuevos infectados en diferentes puntos de nuestra provincia.

Tras aprovisionarse de comida y armado con un rifle (era aficionado a coleccionar armas de este tipo), cogió el coche y se encaminó carretera abajo. Todos observamos la estela de polvo que fue dejando hasta desaparecer. Mi madre lloró mucho en su ausencia pensando que nunca más lo volvería a ver. También se equivocaba.

Las malas noticias no paraban de sucederse. En una llamada de teléfono, nuestra abuela nos anunció entre lágrimas que mis tíos habían sido atacados, desapareciendo sin dejar rastro. Sobre nuestra casa no paraban de pasar aviones y helicópteros militares, y el sonido de las sirenas se había hecho algo habitual con lo que convivir.

Llegó el día en que dejamos de tener noticias de Daniel.

Mi madre se volvió loca. Decidió pedirles a los vecinos su coche para ir a buscarlo, pero éstos se negaron. La pobre rompió el teléfono móvil en un acceso de furia al no encontrar respuesta de su hombre. Tras pasar varios días sumida en su propia desesperación decidió bajar al pueblo a conseguir un medio de transporte. Yo me negué en redondo. Le dije que ni se le ocurriera hacer esa locura. El pueblo estaba infectado y nadie sabía lo que podría haber allí. Yo lo desconocía, pero ella sufría algo de lo que yo aún no era consciente: la desazón que provocaba la incertidumbre de lo perdido. Ella estaba desesperada, y ni mi hermano ni yo misma pudimos consolarla ni hacerla entrar en razón.

Una noche desapareció. A la mañana siguiente, al despertarnos, nos encontramos sobre la mesa un montón de comida que había conseguido de "dios sabe dónde", y una escueta nota:

—"Volveré pronto. No te preocupes mi niña"— En ningún momento lo dudé, pero me puse furiosa con ella. Nos había abandonado allí, a merced

de esos monstruos que por las noches corrían sueltos por ahí.

Y cada vez merodeaban más cerca y en mayor número.

## 2

Pasamos completamente solos las semanas siguientes. Juntos, mi hermano y yo nos concentramos en seguir al pie de la letra las indicaciones que Daniel nos tenía acostumbrados a seguir. Al caer la tarde atrancábamos todas las puertas y ventanas, y por supuesto apagábamos todas las luces de la casa. De vez en cuando se escuchaban algunos ruidos y gritos nocturnos, pero nada nos ocurrió agazapados como pasábamos las noches en la cama, sin mover ni un solo músculo.

Una mañana descubrí con horror que la televisión no funcionaba, y horas después el miedo se tornó terror al descubrir que el teléfono tampoco.

Días después el agua corriente dejó de fluir a través de los grifos, y la corriente eléctrica también falló. Estábamos condenados a morir de hambre y sed en nuestra propia casa si no salíamos. Pero salir ahí fuera también era una condena de muerte.

Pasamos así una semana. Aislados sin poder salir en una casa que poco a poco iba convirtiéndose en una prisión. La comida comenzó a escasear y el agua que nos quedaba terminó desperdiciada en mitad del pasillo por un fortuito accidente de mi hermano.

Cuando solo nos quedaban unas cuantas latas de alubias, decidí reunir el valor suficiente como para salir con Isaac al supermercado de los ancianos. Tuvimos que meditarlo mucho, y finalmente una mañana nos decidimos a salir armados con cuchillos de cocina y una barra de cortina. Lo que descubrí en las calles me puso los pelos de punta. Todo estaba destrozado. Había coches volcados en los arcenes y cadáveres descompuestos tirados por el asfalto. Llorando comprobé con alivio que ninguno era de mi familia.

Tras llegar al supermercado descubrí desconsolada que había sido saqueado. Un apestoso olor había inundado aquel colmado y casi se hacía

imposible respirar en el. Cuando inspeccionamos las neveras descubrimos allí el origen de aquella peste. El cadáver del anciano seguía allí, desmembrado y desperdigado por la habitación.

Salí del supermercado descompuesta, vomitando mientras Isaac me seguía temeroso. Después de reponerme decidí visitar las casas de los vecinos. La verdad es que fue una buena idea, ya que saqué comida por lo menos para sobrevivir un mes entero.

Nadie acudió a socorrernos en ese mes, ni en el siguiente. Pero los sonidos de las ambulancias y la policía si fueron gradualmente desapareciendo.

Solo una pequeña radio a pilas me mantenía informada de lo que ocurría a nuestro alrededor. Precisamente esa radio fue nuestra perdición.

Una noche mientras dormíamos, la radio comenzó a sonar. Isaac la había estado trasteando el día de antes y había activado sin querer la alarma. Apresuradamente intenté desconectarla, pero un golpe en la puerta me hizo tirarla hacia el suelo con toda mi fuerza. Me quedé paralizada. No sabía si había escuchado realmente un golpe o habían sido mis propios nervios los que habían provocado que escuchara cosas extrañas. Otros golpes más en las paredes me convencieron de que no estaba escuchando alucinaciones.

Fuera de nuestra casa había más gente golpeando las paredes y la puerta con extrema violencia. Les podía escuchar dando gritos incongruentes. Con presteza cogí en brazos a Isaac y subí a la parte alta del dúplex, pero allí el terror me paralizó. En la terraza permanecía un hombre vestido con harapos tras el cristal de la ventana. Al verme golpeó fuertemente su cabeza contra el cristal rompiéndolo en mil pedazos.

Gritando bajé de nuevo, pero la puerta estaba cediendo bajo los envites animales de aquellos salvajes. Sin pensarlo siquiera abrí el horno y como pude oculté allí dentro a Isaac. Me aseguré de desenchufarlo y le ordené que por ningún concepto dijera una palabra. Debía permanecer callado viese lo que viese. Me hizo prometerle que volvería a por él y yo asentí. Simplemente asentí sin estar segura de nada.

Dicen que en momentos de tensión la mente piensa con máxima velocidad y es así. En décimas de segundo recordé las armas que guardaba Daniel en la habitación de arriba. Decidí que si quería sobrevivir tenía que hacerme por lo menos con un método de defensa, pero había un inconveniente. En esa habitación había uno de esos salvajes entrando con dificultad por la ventana.

Sin pensarlo más pasé junto a él y abrí el armario. El salvaje intentó agarrarme con sus manos llenas de sangre y cristales, pero la persiana se lo impedía, aunque no fue un gran impedimento ante sus puñetazos que la sacaron del sitio.

Cuando se abalanzó sobre mí yo ya sostenía el petate militar que contenía las armas. El animal dio un tirón de mi pelo y me tiró de espaldas. La bolsa cayó ante mí y se abrió dejando entrever los cañones de algunos rifles. En ese momento pensé en las películas que los fines de semana solíamos ver con Daniel. En esas en las que siempre acudía el bueno en el último momento para salvar a la chica. Pensé: "ojalá estuviera él aquí. No era mi padre pero me daba confianza y calidez. Era una parte muy importante de mi familia y lo quería."

Con un estremecimiento me di cuenta de que estaba desvariando mientras ese salvaje tiraba de mí, me golpeaba y me estrujaba. Yo no podía defenderme. Su fuerza era muy superior a la mía y por mucho que luché, sus enormes manos no tardaron en aferrar mis brazos y arrastrarme hasta él, que aún tenía medio cuerpo en el balcón de la terraza. Con gran violencia me atrajo hasta la ventana haciéndome atravesarla. El dolor fue atroz. Apretando los dientes noté como los cristales me cortaban la espalda, seguían arañando los pantalones y continuaban con mis muslos en los que se clavaron haciéndome gritar de agonía. Una vez a su merced, aquella bestia se apresuró a despojarme de la ropa ensangrentada. Agarró mi camiseta y mis pantalones y de un tirón me los arrancó. Hizo lo propio con mi ropa interior y con un solo gesto me incorporó, a mí, a su presa completamente desnuda y a su merced. No quise seguir; quise que terminara todo en aquel momento, de golpe, morir y dejar de sentir aquel repugnante sentimiento que me producía arcadas. El monstruo me manejaba con violencia, tiraba de mí y me frotaba por todo su cuerpo.

A pesar de estar conmocionada por los golpes siempre tuve un oscuro sentimiento de saber lo que esa bestia quería de mí, y no me equivocaba lo más mínimo. Un enorme miembro salió de entre los harapos de sus pantalones, y con gran dolor comprobé que el instinto de la reproducción permanecía intacto en esas bestias, a pesar de que habían perdido los otros. Con gran violencia introdujo aquella monstruosa parte de él en mi interior, desgarrándome de dolor ante el enorme envite de aquella bestia. Comenzó a moverme de arriba a abajo con rapidez, como si yo fuera una muñeca de trapo y él mi dueño. En esos momentos ya no sabía ni lo que hacía, el dolor y la angustia eran tales que comencé a desvariar llamando a mi madre y a Daniel sin querer, mientras esa bestia me violaba a voluntad. Tras unos minutos interminables levantó mi cuerpo, liberándome de aquel enorme miembro lleno de venas. El ruido que aquello provocó me recordó a cuando se descorcha una botella. De

improvisamente agarró mis pechos con esas manos nudosas y me levantó en vilo haciéndome un daño terrible. Fue ahí donde pensé en que siempre vendría alguien en el último minuto, como en las películas; alguien que salvaría a la protagonista en apuros. Pero no vino nadie.

Tras violarme a voluntad se produjo un cambio. Yo seguía tan dolorida que apenas fui consciente de lo que ocurría, pero noté que los nervios de esa bestia se apaciguaban. Tras la violencia apareció un remanso de tranquilidad, y me atrevería decir de dulzura que me desoló más que los golpes. Colocó mi ensangrentado cuerpo boca abajo con delicadeza, y tras abalanzarse contra mis espaldas, me cubrió como un animal. Tras unos minutos noté como unos espasmos, algo repugnante, y el fluido seminal comenzó a fluir de mi interior. Hubiera querido luchar por última vez contra aquello. Por alguna ridícula razón me imaginé embarazada de "aquello" y las náuseas hicieron presa de mi estómago llevándome a vomitar hasta casi quedarme sin sentido.

Los otros continuaban mirándonos desde la puerta de la habitación. El infectado que me retenía comenzó a golpearles y a gritarles, como queriendo retenerme para él como un trofeo. Aquellos se amedrentaron ante el que parecía ser su cabecilla o una especie de líder.

De pronto aquella bestia me cogió como un paquete y saltó conmigo del balcón. Tras dar unos saltos por encima de los coches se internó en la arboleda de pinos detrás de las casas, y desde allí corrió sin parar a toda velocidad.

Yo solo era consciente de que el mundo se movía a toda velocidad más abajo, pero finalmente las náuseas volvieron haciéndome perder el conocimiento, esta vez completamente.

Desperté helada y completamente sola, tirada en el suelo en mitad de unos arbustos. La noche había llegado, siendo las estrellas las únicas testigos de mi desesperación.

Intenté moverme, pero el dolor en mi bajo vientre me lo hizo casi imposible. Miré mis manos y estaban completamente cubiertas de sangre, al igual que todo mi cuerpo. A mi mente vino entonces la ridícula idea de lo difícil que sería quitar aquellas manchas de la cutícula de mis uñas. Meditando sobre ello sonreí mientras me abandonaba a morir allí sola en

aquel lugar.

Pero mi cuerpo se empeñaba en sobrevivir. Las fuerzas casi me habían abandonado, pero aún así conseguí moverme a rastras hasta el arcén de una carretera cercana. Allí intenté incorporarme, pero aquello supuso un esfuerzo tan grande que las nauseas volvieron haciéndome vomitar de nuevo.

De mi entrepierna brotaba sin parar un líquido asqueroso de color verde que supuse sería el esperma de ese repulsivo animal. Estaba desnuda tal y como vine al mundo, pero no me importaba. Solo quería salir de allí. Sobrevivir a costa de lo que fuera. Recordé que la bestia que me había llevado a aquel lugar volvería tarde o temprano, y debía estar lejos cuando lo hiciera.

Tras sacar fuerzas de flaqueza llegué sin aliento hasta el centro de la carretera. Desde allí pude ver la arboleda desde donde me había desplazado gateando. Más allá se podía ver como continuaba la carretera, y a pesar de la penumbra de la noche pude adivinar las sombras de unos automóviles abandonados.

Con dificultad me puse de pie e intenté correr, pero mis esfuerzos me llevaron nuevamente al suelo. Tenía una herida profunda en el muslo derecho y había perdido mucha sangre. Apenas tenía fuerzas para moverme y un dolor sordo en el costado me obligaba a respirar con dificultad. Aún así lo intenté una y otra vez hasta conseguirlo. Llegue al primer automóvil allí abandonado. Un moderno utilitario japonés, y abrí la puerta. Arrastrándome conseguí colocarme en el asiento del acompañante y con un profundo suspiro cerré la puerta y bajé la pestaña del seguro, sonriendo ante la posibilidad de que aquello detuviera a ese torrente de fuerza bruta que merodeaba por ahí. Allí me desvanecí de nuevo.

No sé bien si lo soñé o si realmente ocurrió de veras, pero a lo largo de mi sueño creí escuchar disparos y gritos cercanos. Yo estaba tan realmente agotada que no pude abrir los ojos hasta que el sol del mediodía me quemó el rostro. Una vez despierta descubrí con alegría una pequeña botella de agua mineral guardada en la guantera. Estaba caliente, pero llena. Me la bebí con ansias.

Ya un poco más repuesta me dispuse a salir del vehículo. A mi alrededor había numerosos cadáveres diseminados por la carretera y el arcén, y enseguida supe quienes habían sido los ocupantes de aquel coche que esa noche se había convertido en mi refugio. En un trayecto de unos cuantos metros había restos humanos blanquecinos y también algunos infectados que yacían sin vida alrededor del vehículo. Solo dos personas, un chico y una chica desentonaban con todos los demás cadáveres. Sospeché que la pareja había decidido pararse por algún motivo en mitad de la carretera y al hacerlo habían sido sorprendidos por esas bestias. El cadáver de la

mujer permanecía desnudo de cintura para abajo y con evidentes muestras de haber sido violada.

—“Así que, además de animales salvajes son unos violadores” – pensé recordando con repugnancia lo que yo misma había sufrido esa fatídica noche.

Con guiños de dolor conseguí vestirme con la ropa de los muertos. Los pantalones del chico me venían grandes, pero eso me sirvió para así no rozar demasiado mis heridas. La suerte quiso que en sus bolsillos encontrara las llaves del coche.

El destino parecía hacerme pequeños favores, aunque nunca creí en el, y este no era el mejor momento para cambiar mis puntos de vista. Temiendo lo peor me encaminé a arrancar el vehículo. Aunque nunca fui muy devota, esa vez rogué a Dios, a todos los santos y a todas las vírgenes para que hicieran funcionar el motor. Un nombre aparecía una y otra vez en mi cabeza: Isaac, mi hermano. Quería salir de aquel lugar de muerte con todas mis fuerzas, pero antes debía volver a esa casa de pesadilla donde lo oculté en el horno.

El coche arrancó bien, pero me ofreció la mala noticia de que apenas le quedaba gasolina. Aún así conseguí sacarlo de aquella zona y encaminarlo hasta la carretera comarcal que llevaba a mi casa.

Cual sería mi sorpresa al ver lo que ese destino tan bromista me tenía guardado justo frente a mi hogar. Decenas no, cientos de aquellos seres deambulaban taciturnos por todas partes. Con un impulso di un volantazo que casi me cuesta una salida de la carretera. Cuando conseguí controlar el coche ya había salido a la carretera principal.

Tuve que hacer varias paradas para despejar la carretera de otros coches y cadáveres, así llegué a la alameda destrozada de los militares. Decenas de cadáveres de soldados yacían allí a la espera de ser devorados por las alimañas. Desde ese punto observé como todos los cadáveres femeninos habían sido mancillados.

—“¿Qué razón tienen estas bestias para hacer esto?” – me pregunté, y en ese momento caí en la cuenta de que todas las bestias que había visto hasta ese momento, ya fuese en persona como en televisión, eran de género masculino. Los infectados solo eran hombres. No había mujeres entre ellos.

De pronto un empujón bestial casi me hizo salir de la carretera.

Allí frente a mi estaba de nuevo esa alimaña. El mismo infectado que aquella noche había abusado de mí. No cabía duda, era él. Su imponente figura de casi tres metros se veía titánica en comparación a mi pequeño

utilitario.

Con un bramido se abalanzó contra el capó del coche destrozándolo. Y como eso no detuvo el rugir del motor que luchaba por escapar, la bestia lo atenazó del parachoques y lo levantó en vilo. Era asombrosa la fuerza descomunal de aquella bestia.

Pisé el acelerador con todas mis fuerzas, pero las ruedas ya no tocaban el suelo.

Entonces lo vi.

Un motorista venía a toda velocidad. Todo ocurrió en cuestión de décimas de segundo, pero a mí me parecieron años.

Un enorme golpe hizo a mi vehículo caer con un fuerte estruendo. Comenzó a derrapar por el suelo, lanzándome a toda velocidad carretera abajo. No pude hacerme con el control y el vehículo derrapó, saliendo de la carretera y dando un fuerte golpe contra algo que nos hizo volcar.

Magullada pero viva, salí como pude del destrozado automóvil viendo en realidad lo que había pasado. Fuera quien fuese el de la moto me había salvado. Había lanzado su vehículo contra aquella bestia aplastándola, y ahora permanecía hecha jirones de carne por todo el asfalto.

Una voz conocida detrás de mí me alarmó.

Era Daniel. El motorista era él. Se acercó a mí y me preguntó si estaba bien ayudando a incorporarme. Cuando le vi no pude evitar ponerme a llorar como una niña pequeña, abalanzándome a su cuello y comiéndole a besos. Las películas tenían razón, el bueno siempre aparecía en el último momento.

Llené el hombro de su camisa de lágrimas y mocos, y yo, como una estúpida, me afané en limpiarle mientras nuevas lágrimas recorrían mi rostro y le volvían a manchar. En ese momento recapacité acerca de su reacción al verme. Demasiado fría. Un pensamiento oscuro hizo mella en mi mente, pero sus manos limpiando mi cara me reconfortaron.

De pronto exclamó bruscamente:

— Espera aquí. Tenemos que asegurarnos.

Sin pensarlo se acercó a su moto tirada en el suelo y sacó algo de su mochila. Al principio pensé que se trataba de una especie de espada, pero no. Era un hacha. Con ella en la mano se dispuso a rematar al enorme

monstruo que descansaba destrozado en la carretera.

Desde allí puede comprobar con terror que aquella bestia no estaba muerta a pesar de haber perdido las piernas. Al verle le rugió y levantó levemente un brazo, pero Daniel se lo bajó de un hachazo, y con gran rabia descargó otro golpe en su cabeza acabando para siempre con él.

Tras recomponernos de aquel episodio, Daniel y yo nos dirigimos en la moto hacia casa. No hablamos de nada en especial, solo nos dirigimos la palabra cuando él me preguntó por mi hermano y yo a la vez por mi madre. Él me volvió a preguntar con un grito por Isaac sin responder a mi pregunta. Le conté lo que había pasado y me abracé a su espalda llorando. No entendía su reacción (nunca me había gritado), y supuse que algo malo le había pasado a mi madre.

Finalmente llegamos sanos y salvos a casa. Ahora no había ningún infectado por los alrededores, pero aún así procuramos no hacer demasiado ruido. Atravesamos el destrozado porche y entramos en el comedor. En ese momento reparé en una señal hecha a bolígrafo que encontré en el marco de la puerta de salida. Era una flecha que señalaba hacia el exterior de la casa. Daniel salió alarmado sujetando firmemente el hacha en la mano.

— No está. ¿Estás segura de que lo dejaste ahí dentro?.

Yo asentí señalando la flecha con un dedo.

— Esto lo ha hecho Isaac. No estaba antes. – dije confundida, pero segura de mis palabras.

Todo lo que quedaba de ese día lo pasamos rastreando las inmediaciones en nuestra búsqueda inútil. Isaac no apareció. Solo encontré otra de esas señales medio borrada en la parte de atrás de una furgoneta.

Exhaustos y deprimidos decidimos pasar la noche en el sótano del supermercado cercano. Allí aún quedaban víveres y la puerta blindada ofrecía una cierta protección que nos reconfortaba.

Daniel me preparó una improvisada cama y allí cenamos en silencio conservas y agua mineral. La tenue luz de las velas no pudo ocultar mis lágrimas, ni las de él.

A la mañana siguiente descubrí con horror que estaba de nuevo sola. Intenté salir, pero la puerta se abrió sorprendiéndome. Era Daniel. Traía unas bolsas en la mano y en la otra su inseparable hacha.

Me había conseguido una camiseta, un bikini y un pantalón corto de mi talla. Cuando le pregunté de donde lo había sacado me confesó que desde

que nos abandonó, había aprendido a ser autosuficiente.

— Y tú también debes aprender a serlo si quieres sobrevivir. – exclamó severo. – Yo no estaré siempre a tu lado.

— ¿Me abandonarás? – Le pregunté indignada– ¿...Otra vez?

El permaneció en silencio y solo me lanzó una botella de batido de fresa a las manos.

— Desayuna. Hoy será un día duro. Tenemos que encontrar a tu hermano.

Tenía razón. Ese día fue muy duro para mí. Recorrimos de nuevo las inmediaciones de casa, explorándolo todo cuidadosamente en busca de algún indicio que nos llevara a encontrar a mi hermano. No volvimos a encontrar nada. Ni flechas ni señales. Nada.

Ya caída la noche nos hicimos con un automóvil y recorrimos la circunvalación de la costa en dirección a la ciudad. Por el camino pasamos junto a unos infectados que se lanzaron en pos nuestro. Desde el coche pude ver la expresión de sus rostros. Era rabia animal. Querían cazarnos a toda costa corriendo como almas que lleva el diablo. No lo consiguieron naturalmente.

— Son demonios. – Exclamó Daniel sin decir nada más.

Ese pequeño atisbo de confianza me sirvió para confesar lo que pasó esa noche en casa. Cuando nos atacaron esos animales y ese gigante me violó.

Daniel permanecía callado mientras le contaba los pormenores de lo acontecido. Parecía estar analizándolo todo fríamente, pero sus manos estaban tensas y la rabia lo poseía. Por un momento quitó los ojos de la carretera y me ladeó la cara, deteniéndose en la herida de mi cara.

— Me corté. Y en el muslo también. Cuando... cuando esa cosa me arrastro por la ventana... – le confesé.

Daniel me acarició la cara con dos dedos y bajó la mano hasta mis rodillas. Después de ese cariñoso gesto volvió en silencio a concentrarse en la carretera.

Aún estando deprimida y angustiada por el destino de mis seres queridos, no pude evitar excitarme con ese gesto suyo. Me dio vergüenza sentir algo así en esa situación, y con Daniel que era casi como mi padre.

Tras casi una hora de viaje llegamos a las afueras de la ciudad. Daniel paró el coche y empujó un cercado lleno de ramas secas de un lado de la carretera, desvelando así una senda semi-oculta entre los árboles. Tras atravesar dicha senda, Daniel dirigió el coche hacia una rampa natural que se internaba en los cimientos de una casa de campo.

Aquel refugio era increíble. Había hasta una pequeña piscina dentro del sótano. Todo decorado con maderas y mármol de primera calidad, y con suficientes víveres para pasar allí varios meses. Se notaba que Daniel había estado allí antes. Él mismo lo confesó al contarme cómo sobrevivió en su primera incursión en la ciudad infectada. Encontró aquel refugio de casualidad huyendo de unos infectados, y allí permaneció durante dos semanas.

Esa noche cenamos juntos. Hacía tiempo que no comía tan bien y de tantas cosas.

Tras saciarme me puse el bikini, relajándome en la piscina interior. Allí observé la herida de mi muslo y no me gustó su aspecto. Me dolía y permanecía hinchada y oscura. Posiblemente estaría infectada, pero ya me las arreglaría. Posiblemente en aquel chalet habría un botiquín o algo parecido, y ya le había dado a Daniel demasiados calentamientos de cabeza.

Estaba muy relajada y mi cabeza no paraba de pensar. Dicen que cuando hay muchas preocupaciones o problemas, el cerebro humano tiende a entretenerse con cosas positivas para no entrar en depresión. Así estaba yo. En vez de pensar en qué habría sido de mi madre o de Isaac, mi cabeza se entretenía en repasar una y otra vez la caricia que me hizo Daniel en el coche.

Me excitaba pensar en eso.

Comencé a acariciarme como yo sola sabía hacer. Al principio por encima del bikini, y después metí un dedo por debajo. Hacía ya muchos meses que no me tocaba, y eso, unido al calentón que me hacía recordar la mano de Daniel en mi rodilla, convirtió aquello en una masturbación magistral.

Llegue a irme dos veces, y cuando iba a ir a por la tercera apareció mi padrastro. Calculé que me había visto con seguridad. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero supuse que mucho, ya que había unas bolsas encima de la mesa y trastos que había traído diseminados por el suelo. Él actuó con naturalidad. Se despojó de la ropa y se quedó desnudo frente de la piscina. Desde ahí observé que no estaba nada mal para haber cumplido ya los cuarenta años. Tras ponerse un bañador se metió en la

piscina junto a mí.

— ¿Estás bien? – me preguntó– ¿No te importa que me bañe contigo, no?

— No, claro que no me importa. – le contesté avergonzada.

Es curioso como aún estando en el fin del mundo, con una epidemia que ha diezmado a la mitad de la población y habiendo sido víctima de una violación por un monstruo, mi vergüenza me hacía enrojecer.

— No te avergüences. La soledad es muy mala. Ni yo mismo sé lo que hago. A veces creo que voy a convertirme en uno de ellos por las cosas que se me pasan por la cabeza. – confesó.

En ese momento decidí despejar una incógnita que me asaltaba desde hacía años.

— ¿Alguna vez te has sentido atraído por mi?

Aquella pregunta no la esperaba, y de eso me di especial cuenta por la cara que puso.

— Desde que te conocí siempre has sido mi princesa. Y al crecer te has ido haciendo una mujer guapísima. Pero nunca se me pasó por la cabeza... – se detuvo sin mirarme.

— ¿Nunca te has sentido atraída por mi? – repetí mi pregunta buscando un hueco bajo su hombro y abrazándole. Desde ahí pude ver como su miembro crecía y sus ojos iban y venían desde mis pechos hasta la sombra de la braga de mi bikini.

— Sí. Alguna vez. – confesó abrazándome.

Aquel abrazo comenzó a ser algo más cuando me envolví en sus brazos, notando el calor de su cuerpo en el mío. Noté como su bañador parecía a punto de estallar con la presión que ejercía su interior.

Yo nunca me sentí capaz de aquello antes, pero ahora era todo diferente. Mi madre no estaba y Daniel... siempre había sido el actor principal de mis fantasías sexuales.

Daniel tiró de los hilos de mi bikini liberando así mi desnudez. Estaba muy excitada y quería hacerlo con él. Yo no era virgen ya que lo había hecho en otras ocasiones con otros chicos, pero Daniel era diferente, lo sabía bien. Ansiaba con toda mi alma entregarme a él, y estaba a punto de conseguirlo.

Tras acariciar su miembro comencé a masajearlo con la palma de la mano por debajo del bañador. Él a su vez, hizo lo propio con mi mojado sexo, haciéndolo suyo al introducir sus dedos en mi interior.

Estaba como loca y quería hacerlo con él. Aquello no me saciaba, quería más. Daniel me quitó la parte de arriba del sujetador y comenzó a masajear mis senos, a chupar mis pezones que estaban erectos y duros. La presión ahí abajo era demasiado fuerte, tan fuerte que me abrasaba. Tenía la vulva al rojo vivo y ansiaba ser penetrada.

Con decisión me coloqué encima de él e inserté su miembro dentro, muy adentro de mí. La sensación que experimenté fue increíble. En ese momento me olvidé por completo lo que me había hecho aquel monstruo dos noches antes. Era una parte más de Daniel y él era una parte más mía. Y los dos nos restregábamos bajo el agua y nos abrazábamos como salvajes.

El vaivén siguió durante unos interminables minutos en los que creí morir. En ellos llegue a uno, dos y tres orgasmos seguidos. Tras terminar comprobé como mi hombre me levantaba y me colocaba inclinada mientras él se hacía con mi retaguardia. Volvió a penetrarme, pero esa vez desde atrás. El vaivén fue en aumento y en ese momento noté que Daniel tardaría poco en llegar. No llegó a hacerlo y me fastidió aquello, ya que se fue por toda mi espalda al sacarla a tiempo. Le quise decir que podía irse dentro, que necesitaba que lo hiciera. Recordé que posiblemente me habría preñado esa bestia, y al volver a recordarlo las náuseas se apoderaron de mí. Saber que dentro de mí podría crecer algo de uno de esos monstruos me trastornó. Ya sé que tenía que haber supuesto esa posibilidad, pero hasta ese momento no había sido consciente de ello.

Se lo conté a Daniel entre lágrimas. Le hice saber mis temores y él me arropó con sus brazos. Luego me sacó de la piscina con delicadeza, me secó y me acostó junto a él.

Esa noche dormí como una marmota.

Todo cambiaría entre nosotros a partir de ahí.

Pasaron tres días desde nuestro encuentro sexual en el chalet de las

afueras, y ninguno de los dos quiso comentar nada acerca de ello.

Por las noches Daniel se mostraba ausente y silencioso, y solo daba muestras de cariño cuando me agazapaba entre sus brazos para dormir. Desde que lo encontré mi apego hacia él fue incrementándose día a día, no le pasó lo mismo a él que cada día que pasaba se mostraba más esquivo y con menos ganas de hablar.

Un día me comentó la posibilidad de acercarnos a la ciudad. En su anterior visita había visto en una tienda un equipo de radiofrecuencia con el que poder comunicarse con otros radioaficionados (de existir otros), lo único es que no pudo conseguirlo ya que el lugar estaba repleto de infectados.

— Ahora que somos dos podremos cogerlo. – dijo con una sonrisa e inmediatamente me dio un pequeño beso en la boca.

— ¿Por qué me tratas así? ¿Por qué? – le pregunté indignada.

Él mostró sorpresa haciéndome saber que no sabía de qué le hablaba, y yo le expliqué que desde que lo habíamos hecho en el chalet, no había vuelto a dirigirme la palabra.

— Yo solo quiero que no me abandones otra vez. Lo pasé muy mal cuando me quedé sola, y tú, tú... Tú eres lo único que me mantiene viva. Lo único que hace que no me vuelva loca. Yo... allí con ese monstruo tocándome y haciéndomelo.. creí que iba a morir. Que me mataría... Y luego apareciste tú... No me dejes nunca, por favor... – le supliqué con lágrimas en los ojos.

— No volveré a dejarte. Tú eres mi niña. – me confesó abrazándome.

Al día siguiente partimos en el coche hacia la ciudad. De camino encontramos una farmacia y le ordené parar. Quería coger un "predictor (c)".

Aún me rondaba por la cabeza la posibilidad de que en mi interior estuviera creciendo el horrible embrión de aquel monstruo, y eso era algo horrible que no me dejaba dormir ni pensar con claridad. Necesitaba despejar esa incógnita cuanto antes si no quería volverme loca.

En la farmacia nos aprovisionamos de medicamentos y me hice con un aparatito de esos. Allí mismo, delante de Daniel, me incliné y oriné aprovechando mi pis para la prueba.

No estaba embarazada.

Fue un alivio y al mismo tiempo algo desconcertante, ya que desde que ocurrió "eso", no volví a encontrarme igual de ahí abajo. Antes pensaba

con repugnancia que podía llevar en mi matriz uno de esos monstruos, pero ahora ya no sabía que podía ser esa comezón que a veces me turbaba. Quizá tenía alguna especie de desgarró vaginal. No lo sabía, y ahora ya no había ginecólogos en el mundo a quien pedir cita.

Por las calles encontramos a varios infectados. A unos cuantos los atropellamos con el coche. A otros simplemente los dejamos atrás. Finalmente la amplia avenida por la que circulábamos se cerró por un montón de coches abandonados. Daniel decidió abandonar el vehículo e ir a buscar otro en otra calle más despejada. Se había hecho un especialista en hacer puentes a los coches y abrir puertas.

De pronto algo me atenazó del brazo. Era uno de esos infectados que permanecía silencioso dentro de un coche. Yo grité y me intenté zafar de él, pero era muy fuerte.

Con una gran determinación Daniel descargó un fuerte golpe con el hacha que destrozó el brazo de la bestia. Yo me alejé corriendo comprobando con horror que el brazo de aquella bestia aún se movía mientras seguía atenazado a mi propio brazo.

Daniel me detuvo y me tapó la boca con las manos.

— ¡Cállate, cállate! ¡Quieres que nos maten! – me gritó.

De pronto algo izó a Daniel por los aires y lo lanzó a varios metros de aquel lugar. Era otro de esos infectados.

Otros más salieron de entre los coches gruñendo y gritando. Yo me quedé paralizada de terror. Al principio los monstruos me acorralaron y comenzaron a acecharme y amedrentarme con sus gritos y su rabia infinita, pero al poco tiempo comenzaron a olfatearme como unos perros de presa. Entonces me derrumbé, fui consciente de que posiblemente moriría. Vi como crecían en sus entrepiernas unos enormes miembros blanquecinos llenos de venas. Uno de ellos me atenazó del cuello y comenzó a manosearme. El otro cogió con sus zarpas mis pantalones y los desgarró, dejándome solo las braguitas. Iban a violarme de nuevo, y ahora no quedaría tan bien parada como en aquella ocasión. Estaba segura de ello.

El monstruo más grande empujó al que me tenía cogida del cuello y se hizo conmigo, me tiró al suelo, me volteó y desgarró mi ropa interior arañándome los glúteos por el camino. Su instinto les hacía actuar a todos de esa manera, y según parecía de esa manera cubrían a sus víctimas.

Decidí moverme lo más mínimo posible. Cerraría los ojos muy fuerte y pensaría en mi madre, en mi hermanito y en Daniel.

No ocurrió nada durante unos interminables minutos.

El silencio del momento se vio roto por el graznar de un pájaro lejano, y eso me hizo volverme para buscar a mis captores. Pero allí no había nadie.

Desconcertada me incorporé, me puse mis destrozados pantalones y salí corriendo nerviosa a ocultarme bajo un coche. Estaba al borde del colapso nervioso y más al ver allí tirado en medio de la carretera a Daniel. Parecía muerto, aunque no lo sabía.

Tras unos segundos de indecisión, decidí salir a socorrerle. De mi escondite a donde estaba tirado Daniel habría unos quince metros, pero a mí me parecieron interminables. Y de los monstruos no había noticias. Parecía que se los había tragado la tierra.

Cuando llegué intenté incorporarle, pero estaba inconsciente. Le abofeteé y zarandee para sacarle de su inconsciencia, pero fue en vano. Quizá el golpe fue muy fuerte, o quizá le mató.

Esa terrible idea pasó como un relámpago por mi cabeza y mi desesperación al saberme sola en este mundo me hizo gritar de puro pánico. Suerte que noté enseguida su leve respiración. Estaba vivo.

Con las pocas fuerzas que me quedaban lo arrastré hasta un coche cercano y le subí a él. Cuando me coloqué en el asiento del conductor intenté hacer un puente como los que había visto hacer a Daniel, pero por más que lo intenté no me salió. Probé una y otra vez, incluso con otros cables, pero nada pasó.

Cuando levanté la cabeza vi las sombras de otros monstruos bajar de un edificio en ruinas.

Con la rapidez que da la desesperación atenacé a Daniel con todas mis fuerzas y lo arrastré hasta la calle de nuevo. Apenas podía ya con él, pero conseguí ocultar su cuerpo debajo de un coche. Fui a dar la vuelta para esconderme junto a él y descubrí unas relucientes llaves colocadas en el contacto de ese mismo coche. Por fin teníamos suerte.

Volví a por Daniel y a toda velocidad lo coloqué en el interior del coche. Arranqué esperando lo peor y el coche respondió de maravilla.

Pisé el acelerador y no miré atrás.

Daniel se recuperó bien con mis cuidados. En su caída se hizo una seria herida en un pie y se dislocó el hombro. Eso no fue problema, ya que según sus indicaciones logré colocarle de nuevo la articulación en el sitio. El pie lo tenía mal y solo pude librarle de la infección con medicamentos y desinfectantes, pero le sobrevino una cojera que le siguió el resto de su vida.

Pasamos un día refugiados en una gasolinera abandonada y otro en unos grandes almacenes en los que nos divertimos mucho. Allí volvimos a hacer el amor en las camas de la sección de descanso, y fue maravilloso. Tanto o más que la noche en la piscina del chalet.

Nuestra relación fue reforzándose con el tiempo, y tanto él como yo considerábamos al otro como su pareja. Quedó en segundo plano los tiempos en los que él era solo mi padrastro y mi amor platónico en la sombra.

La supervivencia fue lo peor. Cada vez era más difícil conseguir comida. Los supermercados ya no nos ofrecían nada más que podredumbre. Y las únicas fuentes de alimento eran las latas que encontrábamos en las viviendas particulares. Precisamente en una de ellas hallamos un verdadero arsenal: pistolas, rifles, escopetas, etc. Todo tipo de armas que alguien había estado aprovisionando y que, según los cadáveres medio descompuestos que vimos en el porche, de poco les habían valido a sus dueños.

En esa casa pasamos la noche y volvimos a hacer el amor.

Daniel me hizo suya con delicadeza, y justo cuando ya creía que habíamos terminado, comenzó a besarme hasta llegar a mi ombligo, luego bajó más y comenzó a saborear mi vulva que estalló de nuevo en un fuerte orgasmo. Nunca antes había tenido unos encuentros sexuales tan llenos y satisfactorios, y eso me hacía feliz. Minutos después nos dormimos abrazados.

A la mañana siguiente cogimos un coche y emprendimos camino. Cuando le comenté lo que había pasado días antes con los monstruos de la ciudad, y la forma en la que habían desaparecido, Daniel se quedó meditabundo. Me confesó que probablemente abrían huido alertados por algo. Y que nosotros no éramos los únicos supervivientes de la infección.

— En la ciudad en la que estábamos había más seres humanos. Quizá ellos les hicieron huir.

Me sorprendió aquella confesión, y quise saber el porqué de no haber acudido antes a pedir ayuda a esas personas.

— Tú no lo entiendes. Si ellos nos hubieran cogido, habríamos sufrido peor suerte que en manos de los monstruos. Sobretudo tú. A mí me habrían matado, pero a ti...

Su silencio me lo dijo todo.

Según me contó, en esta epidemia solo habían sobrevivido los hombres. No quedaban mujeres. Los infectados que pululaban por las calles buscaban desesperados a las mujeres para cubrirlas y dejarlas preñadas. Luego éstas sufrían un embarazo que las destrozaba por dentro y las mataba.

— Tú has tenido mucha suerte de sobrevivir. Si te hubieras quedado preñada de eso, ahora no estarías aquí.

— ¿Pero qué hay de los supervivientes? Ellos nos salvaron. Hicieron huir a los monstruos. ¿Qué problema había con ellos? No lo entiendo. – le hice saber confundida.

— El problema es que ellos también son salvajes. Buscan desesperados comida y no les importa matarte si sacan algo de provecho de ello. Yo lo sufrí en mis propias carnes cuando vi al primero de ellos. Me robó el arma y me atacó con ella. De eso tengo estas cicatrices. – me explicó señalando unas profundas marcas en su cuello y rostro.

Yo señalé con un dedo la cicatriz que, como él, también tenía en la cara. Los dos reímos al mirarnos a los ojos.

— Nuestro destino va unido. – le dije, y le propiné un beso lento introduciendo mi lengua en su boca.

— Créeme. – me dijo. – Es mejor no acercarse a ellos. Según escuché hace tiempo en la radio, existe un grupo de refugiados en algún lugar de la costa. ¡Y son personas normales! No lo dijeron con claridad, pero si informaron de la existencia de patrullas armadas que recorrían una zona de la costa en busca de supervivientes. Si vamos y nos encuentran, quizá nos acojan en su refugio.

Con esa ilusión comenzamos una búsqueda que se tornó infructuosa en algún momento de nuestro viaje.

Vimos muchos infectados e infinitos muertos por todas partes, pero ni rastro de las patrullas.

Un día nos cruzamos con otro coche. Fue todo muy rápido. Atravesamos un túnel y a la salida, tras tomar una curva, un pequeño automóvil negro

pasó en sentido contrario junto a nosotros. La sorpresa hizo que Daniel diera un volantazo acelerando al máximo. Quería por todos los medios alcanzar a aquel enigmático automóvil que se perdía en la lejanía.

Finalmente nos dimos por vencidos. Lo habíamos perdido. Pero otros nos encontraron a nosotros.

Unos todo terrenos nos acorralaron y nos sacaron de la carretera. Daniel intentó sacar el coche del terraplén, pero las ruedas habían quedado encajadas y no pudo conseguirlo. Viéndose perdido, decidió utilizar contra aquellos tipos todo el arsenal que teníamos en el asiento de atrás. Ellos no esperaban que estuviésemos armados y muchos cayeron bajo las balas de Daniel. Yo también tenía una pistola, pero entre el nerviosismo del momento, y que no sabía usarla, no pude disparar ni una sola vez. Aun así les hicimos montar de nuevo en sus vehículos y salir huyendo.

— Vayámonos pitando de aquí. Seguro que vuelven a por nosotros. — Me gritó aferrándose de la mano y haciéndome salir del vehículo.

Pasamos mucho tiempo recorriendo los montes que circundaban la playa, hasta encontrar unos acantilados en los que nos refugiamos a descansar. Era un lugar muy bonito y escondido, pero yo no tenía ánimos para valorar aquello en mi situación.

El cansancio extremo que sufría me hizo quedarme dormida.

Al despertar las estrellas comenzaban a salir, y el rastro de un rojizo sol se perdía por el horizonte. Daniel estaba allí junto a mí.

— Nunca antes te había visto tan bonita como ahora. — me confesó.

Alagada por el cumplido aparté mi enmarañado pelo hacia atrás y le di un beso profundo y húmedo. Mi entrepierna se mojó con ello. Daniel comenzó a besarme y a recorrer mi cuerpo con sus manos. Pronto me despojé de los pantalones vaqueros, y con la camiseta como única prenda, comencé a darle placer como sabía que le gustaba.

Su miembro palpitaba con mis caricias, y pareció estallar cuando me la metí a la boca. Noté en toda su extensión el sabor salado del mar. Seguí masajeando su miembro con los labios, con la lengua. No tardé en notar los latidos que anunciaban el clímax. Aceleré la felación intentando hacerle llegar.. Ansiaba ser su hembra de nuevo. Que me follara igual que me estaba follando la boca. Tras unos espasmos comenzó a irse en mi boca y eso me supo mejor que el mejor de los platos. Su erección bajó en ese momento, pero yo quería que aquello durara más. Me senté frente a él y comencé a mostrarle mi sexo, abierto como una flor. Abrí mis labios menores con los dedos, y le mostré mi cuerpo caliente y deseoso de sexo. Mis manos actuaban rápidamente, y mis dedos paseaban aleatoriamente

entre mi clítoris y mi vulva que parecía estallar con mis roces.

Daniel me observaba en silencio, pero su pene creciente habló por él. Con fuerza me cogió de las caderas y me dio la vuelta. Firmemente pero con delicadeza me puso boca abajo y se colocó encima de mí (Tal y como hacían los monstruos). Un lúgubre pensamiento pasó veloz por mi cabeza. Entonces noté como entraba en mí. Daniel me penetró y aquella presión me hizo llegar al mejor orgasmo de mi vida. Él siguió bombeándome unos minutos más hasta irse dentro de mí. Note una fuerte presión y sus fluidos corriendo dentro de mi, calientes y abundantes. Los anhelaba desde hacía tiempo y ahora los tenía dentro.

Aparentemente todo iba bien, pero el terrible presentimiento hizo mella en mí augurándome un oscuro presagio. Aún con su miembro en mi interior me di la vuelta lentamente juzgándole con una mirada sobre mis hombros.

Sus ojos me lo dijeron todo. Él también estaba infectado.

## 5

Las olas del mar nos tocaban los pies en su infinito vaivén mientras los dos permanecíamos sentados mirando al oscuro horizonte cargado de estrellas.

Esa noche hablamos seriamente sobre el asunto.

Daniel me dijo que aguantaría conmigo hasta encontrar el refugio y ponerme a salvo. A mí solo me salían lágrimas sin parar. Quizá por lo que le pudiera pasar a él, quizá por lo que pudiera pasarme a mí. O simplemente porque estaba enamorada de él, y no podía soportar la idea de que fuera a convertirse en una de esas bestias.

Aunque lo que sí que no podría soportar era la idea de dejar de verle.

— Seguro que hay una cura. Seguro que la hay —. le dije compungida—  
Vamos a buscar a esos del refugio. Quizá haya algo que puedan hacer...

Daniel sonrió y me llevó hasta él. Me cubrió entre sus brazos y me dio un tierno beso en la frente. En ese momento observé asombrada como su

miembro comenzaba de nuevo a crecer.

— Lo siento -. confesó avergonzado. — Llevo ya varias semanas así. Me excito solo con olerte, y tu proximidad hace que me ponga a cien. Es otras de las consecuencias de dejar de ser humano -. Entonces me limpió las lágrimas con delicadeza. — No te preocupes. Cuando yo considere que puedo ser un peligro para ti, me iré.

— Yo no quiero que te vayas — le grité enfadada— ¡Me da igual, entiendes! Me importa una mierda que estés infectado, porque yo pienso seguir contigo hasta el final. Y no me plantees la idea de abandonarme ni en broma. Somos un equipo, soy tu princesa...— Comencé a llorar desconsolada.

Daniel se incorporó y me arrastró del brazo con él. Tras limpiar de nuevo mis lágrimas me acarició el rostro y me besó, y ese beso se quedó grabado a fuego en mi memoria para siempre.

Instintivamente bajé la mano y aferré el enorme tronco que sostenía entre las piernas. Asomaba por debajo de su pantalón corto, y su color era cada vez más blanquecino. Cuando comencé a masajearlo se llenó de venas y dobló aún más su tamaño. Era increíble el cambio que había sufrido su miembro en la transformación. Aparte de sus ojos, era lo único que podía decirse que no era de éste mundo.

Me arrodillé ante él y lo metí en mi boca. La punta no paraba de escupir chorros de salado líquido seminal, pero aquello no me desagradó. Quería ser su hembra a toda costa, ya fuera humano o infectado. Me daba igual.

Daniel me cogió en brazos y me depositó boca abajo en la arena, tal y como lo había hecho horas antes. Yo abrí un poco las piernas para facilitarle aún más la entrada y esperé. Con delicadeza fue entrando en mí. El líquido que exhalaba su miembro facilitaba enormemente el coito y, porque no decirlo, me hacía volverme loca de deseo.

En ese momento me vino a la cabeza lo que una vez leí en unos apuntes de biología, las hormonas y los efectos que provocaban en los seres humanos. Quizá ese líquido estaba repleto de alguna hormona que me estaba volviendo loca. Ansiaba que apretara más. Que empujara bien profundo y me follara como nunca. Él parecía leerme el pensamiento, ya que empujaba con fuerza, y con cada envite iba escapando parte de mi humanidad. En ese momento la sacó de mi vagina y comenzó a introducirla lentamente por detrás. Me dolió, pero al mismo tiempo fue muy placentero.

Le escuchaba jadear, y esos sonidos ya no me parecieron humanos, pero...

¿quién era humano ya a esas alturas?

Elevé mis glúteos y aguanté las acometidas de mi hombre mientras mis rodillas se clavaban cada vez más en la arena. Mi mano derecha aguantaba el peso mientras la otra se entretenía en mi vulva, la masajeaba con rabia e introducía uno, dos, tres dedos en mi vagina. No podía más, el orgasmo amenazaba con consumirme, y así fue. Solo tuve uno, pero tan fuerte que me hizo temblar las piernas.

Daniel también terminó dentro de mi retaguardia, y desfalleció encima de mi espalda. Allí quedamos los dos, manchados de arena, exhaustos y sudorosos.

Esa noche dormimos bajo las estrellas de aquella playa.

A la mañana siguiente emprendimos camino en nuestra búsqueda incesante de ese ansiado refugio.

Caminamos durante kilómetros sin ver ni rastro de cualquier cosa que pudiera aparentar una construcción humana. Estaba agotada y me moría de sed mientras el sol nos castigaba con fuerza. Daniel sin embargo, caminaba inalterable a mi lado. Su torso desnudo parecía más musculoso que antes y, aunque había perdido pelo (supongo que por la infección, ya que todos los infectados eran calvos), el que le quedaba le caía sobre los ojos haciéndole muy atractivo a mi vista.

Él notó mi mirada y me miró a su vez. Una sonrisa iluminó su cara y la mía.

— Tranquila. Pronto llegaremos a un lugar seguro. Por ahí detrás he visto medio escondida una señal de gasolinera. No debe andar muy lejos.

Tenía razón. Aunque se notaba que había sido saqueada en múltiples ocasiones, pudimos encontrar agua potable en un pozo que existía en la parte posterior. También encontramos un montón de cadáveres humanos apilados en una de las paredes laterales, y todos habían sido asesinados por disparos.

— Te dije que no se puede confiar en los seres humanos que quedan. — me confesó—. Ellos también se han convertido en salvajes.

En aquel lugar también encontramos un ciclomotor hecho trozos. Daniel dijo que podría arreglarlo, pero que necesitaría mi ayuda. Cuando comenzamos a ensamblar piezas y a atornillarlas supe porqué. Sus manos temblaban. No coordinaban bien los movimientos. Un efecto más de la transformación, supuse.

Una vez que la tuvimos arreglada, (en parte, ya que tenía la rueda de atrás pinchada y no teníamos recambio), le pusimos gasolina y continuamos el camino.

Daniel seguía con su idea de dirigirnos al sur y así lo hicimos. La idea del ciclomotor fue buena, ya que nos permitió toparnos con unos coches tirados en la cuneta. Parecía que habían sido empujados hasta ahí por algo más grande, quizá un camión. Uno de ellos no estaba volcado y parecía en buen estado.

Daniel me enseñó a realizar correctamente un puente, y ya con el funcionando, nos dirigimos carretera abajo hacia la búsqueda de nuestro destino.

En más de una ocasión quise hacerle prometer que permanecería conmigo aunque encontráramos el campamento, pero él seguía en silencio. Solo una vez me dijo en tono severo:

— Tú sabes que eso no es posible. Llegará el momento en que no entienda ni razone. Y podría llegar a hacerte daño. Eso no debe llegar a pasar. Debemos evitar ese riesgo. Y no se hable más.

Desde entonces no le hablé más del tema, pero seguí pensando lo mismo. Yo sabía que eso no ocurriría. Nunca llegaría a hacerme daño porque él era mi chico, mi hombre, mi Daniel. Llegado el caso de que no me reconociese, yo le haría entrar en razón. La verdad es que estaba loca por él.

En nuestra búsqueda incesante no llegamos a encontrar nada. Daniel ponía la radio del coche intentando sintonizar alguna señal que pareciese parcialmente humana. Pero los diales estaban mudos como un cementerio.

Comimos conservas de las latas que encontramos en la gasolinera, y paramos a descansar en un refugio natural entre árboles, a un lado de la carretera.

Esa noche ocurrió algo extraño. Caí en un sueño profundo en el que tuve una pesadilla. Unos ojos rojos como la sangre me miraban fijamente mientras mi cuerpo era poseído por un montón de monstruos. Les oía gemir y gritar disputándose mi cuerpo.

Yo ya no sentía dolor, solo ambigüedad. No pude apartar los ojos de esos otros que me perforaban y entraban en mi cerebro. Cuando todos esos monstruos llegaron al clímax me inundaron con sus fluidos. Me ahogué en un mar espeso y asqueroso de esperma verde.

Entonces me desperté. Aún no había amanecido, pero un rescoldo de color claro se dejaba entrever por el lejano horizonte, más allá del mar.

Daniel no estaba allí. Bajé del coche y le busqué por los alrededores, pero no encontré ni rastro de él.

Paciente esperé allí mismo su vuelta.

No tardó en aparecer, y su aspecto me asustó a primera vista. Tenía la ropa manchada de sangre, y su piel había cambiado tornándose blanquecina, igual que la de los infectados.

— No podemos perder tiempo —. me dijo montándose en el coche sin apenas mirarme. — Hay infectados por los alrededores, y a mí el tiempo se me acaba.

Le pregunté donde había ido, pero él no contestó. Manióbró el coche para salir de aquel refugio de árboles donde nos encontrábamos y salimos a toda velocidad carretera abajo.

No tardamos en pasar junto a una urbanización al lado de la playa. Como no nos quedaba comida ni apenas agua, le propuse parar y buscar ahí algo, pero Daniel me contestó con un escueto: —“No.”

Aquella contestación me hizo pensar en que probablemente habría visto, como yo, las manchas de sangre que había en las paredes.

Al cabo de un tiempo de viaje rompí el insoportable silencio.

— Daniel, escúchame. Sé que es duro para ti. Pero también lo es para mí. Quiero cuidarte como tú lo has hecho hasta ahora conmigo. Si llegaras a convertirte en... a infectarte del todo... quiero que sepas que yo siempre estaré a tu lado. No voy a irme a ningún refugio si tú no vienes conmigo. ¿Lo entiendes? Lo tengo todo pensado. Escucha; Cuando encontremos a esos supervivientes no diremos nada de tu infección. Luego...

— CALLATE — me ordenó con un grito feroz. — ¡CALLATE DE UNA PUTA VEZ!

Y tras pisar el freno a fondo nos quedamos parados en mitad de la pequeña carretera de la costa.

—¿Sabes lo que le pasó a la última que me dijo eso? ¿LO SABES? ¡MURIÓ!  
¡Reventó por dentro! Yo estaba allí y lo vi.

Yo le observaba asustada sin comprender sus palabras.

— ¿Y sabes quién era? ¿LO SABES? – continuó mirándome fijamente con sus ojos inyectados en sangre — ¡Pues era tu madre!

No podía creer lo que estaba escuchando. Mi madre. La misma que nos había abandonado en su búsqueda de aquel a quien tenía delante... Al final le había encontrado. Y él, no me había dicho nada en todo este tiempo.

— Eres... eres... un monstruo. — fue lo único que me salió.

— ¡Sí, eso mismo soy! Y será mejor que te vayas de aquí si no quieres correr la misma suerte. Esta noche he estado a punto de matarte. He oído tu sangre y... He querido... Ahora mismo... –sus palabras se tornaban incongruentes, aunque sus ojos me aclaraban lo que su boca intentaba decirme– Tuve que salir a cazar a alguien. Como lo hago siempre cuando me excitas. ¿Por qué crees tú que no encontramos a ningún ser humano? Yo los encuentro antes que tú. Mato a los hombres y violo a las mujeres. Tuya es la culpa. Olerte me vuelve loco. Me hace ser cada vez más animal... – En ese momento comprendí muchas cosas.

Por debajo del pantalón de deporte pude notar su miembro erecto y palpitante, y mucho más grueso que la noche en la que lo hicimos en la playa.

Mi cabeza era entonces un campo de batalla en la que los dos frentes defendían sus posiciones a cuchillo. Por una parte estaban mis sentimientos y por la otra mi cordura, que no podía creer haber sido tan estúpida por confiar así de ciegamente en él.

— He abandonado a mi hermano allí para seguirte. Para ir con el asesino de mi madre..." – Daniel me observaba apretando los dientes mientras yo continuaba. – "Has tenido el valor de volver para llevarme lejos de él cuando sabías lo que habías hecho... Has tenido el valor de acostarte conmigo cuando sabías lo que podía pasarme a mí. – La rabia se estaba apoderando de mi persona, y ganaba por ventaja a mis sentimientos.

Solo bastó un movimiento de Daniel para desatar mi cólera, y a pesar de lo exhausta que estaba del viaje, conseguí descargar una fuerte bofetada en el rostro de aquel a quien había confiado mi vida.

Él me golpeó con violencia. Me aferró del pelo y me lanzó al asiento de atrás. Con un fuerte tirón me bajó a la vez los pantalones y las bragas, abalanzándose sobre mí. Ya nada quedaba de humanidad en aquel ser que relinchaba como un caballo y que actuaba como una bestia en celo.

Noté presión y un dolor insoportable. Grité, pero mi grito quedó ofuscado

por los sonidos guturales que hacía aquel que había sido mi amante.

Levanté la cabeza e intenté zafarme de él, abrir las puertas y escapar, pero la bestia me aferró de los brazos y me bajó la cabeza con furia, aplastándome la cara contra el asiento.

Gracias a eso vi una salida a mi desesperada situación. El asiento sobre el que estaba, comunicaba directamente con el maletero, podía verlo delante de mí. Probablemente si estiraba los brazos podría hacerme con la mochila donde estaban guardadas las armas.

Relajé los brazos y comencé a acompasar con mi cuerpo el vaivén de aquel que fue Daniel. Éste se relajó y soltó la presión que ejercía sobre mí. Aunque siguió penetrándome, pero esta vez con más suavidad.

Pasé los brazos por la apertura de los asientos y comencé a moverme más rápido, gritando como si yo también fuera una bestia como él. Eso le agradó, ya que aumentaron sus bufidos animales.

Todo pasó muy rápido, pero ésta vez sí que pude utilizar la pistola. Descargué un fuerte disparo contra su pecho quedándome aturdida por el estruendo del arma.

Daniel quedó inmóvil, sorprendido mientras sus ojos iban y venían del arma a la herida de su pecho.

Permanecí encañonándole todo el tiempo, temiendo una posible represalia, pero solo una sonrisa condescendiente respondió a aquel disparo.

Yo sabía lo que significaba:

— Alicia... Has hecho bien. Yo no merezco que tú me quieras. Fui a buscarte porque se lo prometí a tu madre. Aunque pasar todo este tiempo contigo ha sido lo mejor de mi vida...

Con esfuerzo salió del coche. Ya no quedaba nada de la bestia que hace unos segundos me violaba furiosa. El disparo le había hecho recuperar la humanidad pagando su vida como precio.

Le vi desaparecer carretera abajo. Tuve que limpiarme las lágrimas en más de una ocasión mientras veía como el hombre al que había amado desaparecía de mi vida.

ψ

Image not found.

Días después regresé a mi casa. Allí permanecí durante casi un mes buscando alguna pista de mi hermano por los alrededores. Al final la escasez de víveres y agua me hizo viajar hasta otro lugar.

Pasé por muchas ciudades y vi muchos infectados en mi viaje. Incluso una noche creí escuchar un avión.

Al final, tras muchos kilómetros, encontré señales de un refugio en las cercanías de Madrid., aunque solo hallé muerte en su interior. Los pocos hombres que había estaban todos mutilados, mientras que los cadáveres de las mujeres permanecían desmembrados desde dentro. El espectáculo era dantesco, y tuve que taparme la nariz para no respirar aquel hedor nauseabundo.

Tras mucho ir y venir encontré un gran centro comercial en el que me refugié durante unos días. Allí pude hacerme con mucha comida y bebida. Resultaba un refugio perfecto de no ser por el hecho de que se convirtió en un recuerdo constante de los días que pasé con Daniel. Para mí ya no existía vida antes ni después de él. Y tal era la depresión que sufría que allí mismo desistí de continuar. Dejé de comer y me quedé acostada en una cama de la tercera planta, en la sección de descanso.

Por supuesto enfermé.

Una mañana escuché un gran alboroto por las inmediaciones. Desde uno de los inmensos ventanales pude ver una especie de tanques que escupían fuego a unos infectados. Nada podían hacer éstos contra el poderío de los carros de combate, que los diezmó, aplastando a los caídos en su lento pero firme circular.

—“Así que aún quedan seres humanos vivos.” – pensé sin inmutarme.

En ese momento, a pesar de estar a lejos de donde ocurría todo, reconocí a Daniel. Su ropa era la misma con la que lo había dejado marchar. En el pecho aún ondeaba como un blasón la marca roja del disparo que yo misma le propiné. Estaba calvo como todos los demás infectados, y luchaba a brazo partido junto a sus iguales. A su lado había otro al que también reconocí, y las lágrimas saltaron a mis ojos. Era mi hermano Isaac. Finalmente Daniel lo había encontrado.

Con las pocas fuerzas que pude reunir comencé a golpear el cristal. A lanzarle todo lo que pude reunir. Finalmente el impacto de una de las sillas de la sección de descanso hizo que el gran ventanal se astillara en millones de pedazos. Estos cayeron al vacío desde la tercera planta del

abandonado centro comercial.

Yo también caí tras los cristales.

Tras una caída de meses o años llegué a sus brazos.

Sonreí al verle de nuevo.

Todas aquellas criaturas se acercaron sigilosas a mí y me olfatearon. Isaac y Daniel les gruñeron, corriendo conmigo hasta dejar atrás a los otros infectados.

Yo ya sabía lo que vendría a continuación, pero en realidad lo deseaba.

Me abandoné a ellos. A los hombres de mi vida, y ellos me hicieron suya con delicadeza. Los dos disputaron mi cuerpo. Saborearon mi piel y me hicieron sentir llena y feliz por última vez en mi vida.

¿Qué importaba ya todo?

Permanecí unos instantes observando el último párrafo que servía de colofón a aquella historia.

Las lágrimas continuaron recorriendo mis mejillas. No sabía si por la protagonista o por mí misma. Ella por lo menos había sido feliz al final de su vida. Yo, en cambio sentía que mi felicidad se componía de un material tan frágil que de un momento a otro se rompería en mil pedazos. Traspasaría el cristal como la Alicia del cuento y caería hasta darme de bruces con la más cruel de la realidad.